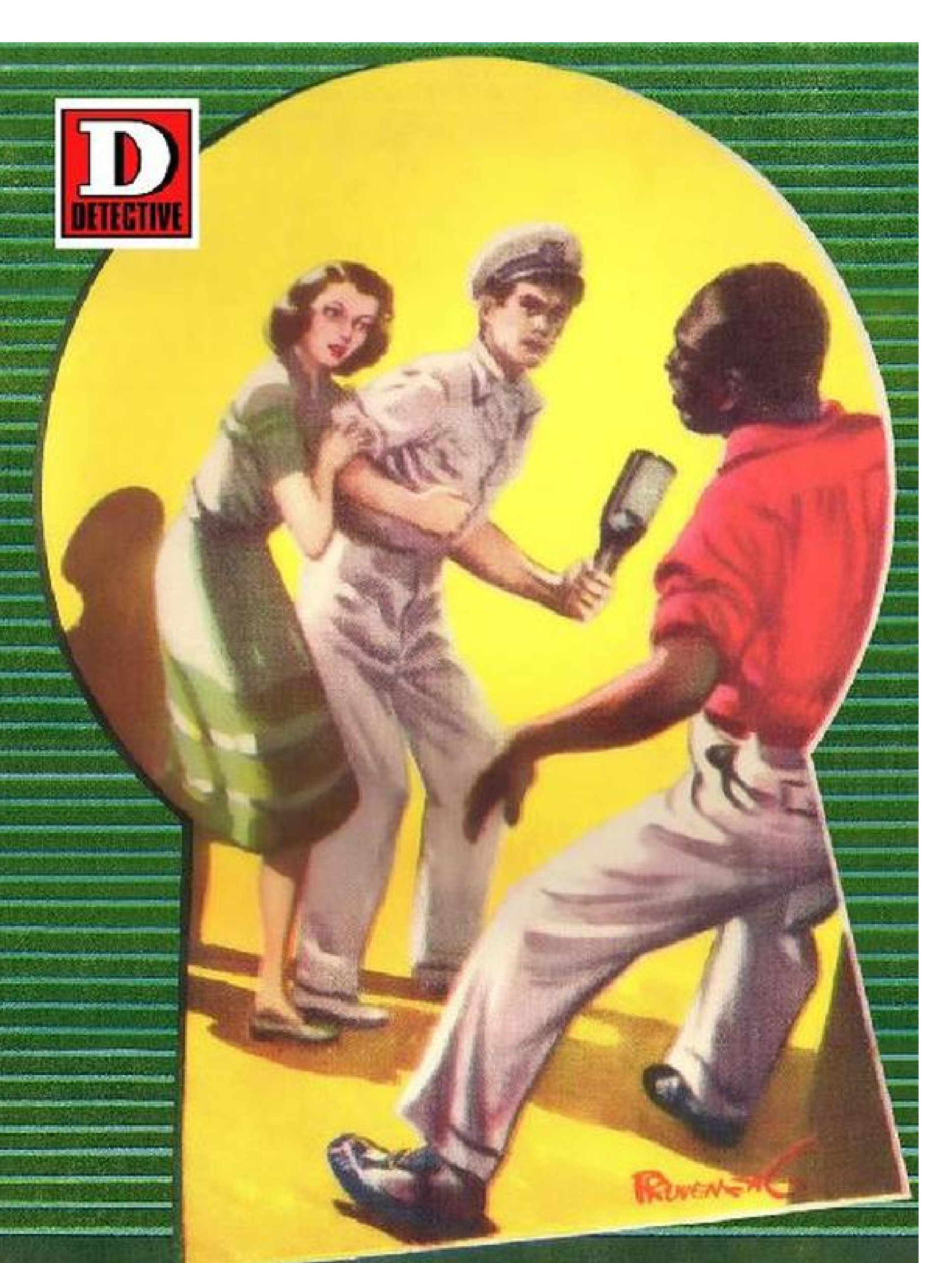


Geo Dugan

LEY SECA

GEO DUGAN

LEY SECA

1.ª EDICIÓN
JUNIO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

NO DRINK, HONEY

Traducción de:

JOSÉ BILBAO

PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


WISKIE
Ley seca
por GEO DUGAN
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Ray Garnet completamente envuelto en la manta, dormía profundamente, teniendo por colchón el suelo. Pero el cansancio físico, suplía con creces toda apetencia de confort.

Gruñó incoherencias, cuando sobre su cadera chocó algo. Se hizo más insistente el toque, hasta que comprendió que era la culata de un fusil.

Reconoció también la voz del cabo Darsonval:

—«¡Ale, hop!». Levanta, gandul. «¡Ale, hop!».

Ray Garnet, amodorrado, se incorporó, echando pestes contra el horario bélico, donde las horas de sueño pasaban en un soplo y las de centinela eran siglos.

Vió alineándose a los que iban a relevar, y mirando su reloj comprobó que eran las cuatro menos cinco de la madrugada.

Permaneció sentado, resoplando entre dientes, furioso.

El cabo Darsonval se acercó de nuevo, haciendo oscilar el fusil cogido por el cañón.

—¿Tendré que colocar el pie en salva sea la parte del señor Garnet para ayudarle a ponerse en pie?

—Yo me pondré en pie, pero usted está sobre dos patas, cabo.

—¿Un despertar agresivo, no? ¡«Ale, hop», gandul! ¿O tendré que afeitarte en seco?

Y el cabo abrió la ancha zurda en ademán amenazador hacia el barbudo rostro del soldado Garnet.

Ray Garnet se puso en pie, y brillantes los ojos, hundidos en el flaco y barbudo rostro, desafió:

—¡«Ale, hop»! Atrévase a tocarme un pelo, y le largo un culatazo en la barriga.

El cabo Darsonval retrocedió para ordenar:

—Tú, primera. Sustitúyeme en el relevo, mientras yo preparo el parte por escrito de este jovenzuelo rebelde.

Se alejaron los soldados, soñolientos, encabézamelos por el «primera», abandonando el hueco del talud.

Una noche quieta en aquel sector normando.

El cabo Darsonval examinó al que fusil en mano, no parecía muy tratable.

—Como eres de la escuadra del cabo Morin, y aunque otras veces has estado de servicio conmigo, he de advertirte que a mí no me canta ningún gallo. Si doy parte por escrito te va a costar caro.

—Oiga, ¿puedo preguntar si sabe usted leer?

—¡Andando de frente! Ya hablaremos después, pero ahora vas a ocupar tu relevo.

—No, señor. No voy.

Asombradísimo, Darsonval, campesino sensato, pero tardo en reflexionar, masculló:

—Esto es franca indisciplina. Y no me contestes así, o te voy a romper unas muelas.

Abrió Garnet la boca y se tocó las quijadas inferiores con dos toques bruscos de índice izquierdo.

—Vaya eligiendo, cabo. Por cada una que me salte, le faltarán a usted dos.

—¡Dios, Dios! Este tipo se ha vuelto loco —imprecó Darsonval tomando por testigo el desértico talud—. ¡Ven conmigo! Echa a andar delante…

—¡Sin tocarme, sin tocarme! Sé andar solo.

Precedido por el halo de una linterna dirigida al suelo, y recién encendida, el oficial de la sección, conminó:

—¡A callar los dos! ¿Qué pasa aquí, cabo?

Cuadrados, los dos hombres, permanecieron en postura de firmes, hasta que el oficial ante ellos, añadió:

—Reposo. ¿Qué ocurre, cabo?

—El soldado de la segunda escuadra del primer pelotón, aquí presente, se niega a relevar, mi teniente.

—¿Qué dice usted, Garnet?

—Mi teniente: yo estaba durmiendo con ganas cuando ese hombre me despertó bruscamente, a toques de culata. Si el reglamento no miente, estando en reserva como estamos, me

pertenecen ocho horas de sueño. Si fui relevado a la medianoche en punto, no me toca entrar hasta las ocho.

—Ahora mismo, soldado Garnet, irá usted a relevar, y por esta vez pasaré por alto las réplicas inadecuadas a un superior. Si existe error en la lista que le han entregado al cabo Darsonval, su obligación era primero cumplir la orden recibida, y después presentar respetuosa y subordinadamente su reclamación. Al relevo de las ocho, preséntense los dos.

Dió media vuelta el oficial. Cuando le juzgó bastante lejos, susurró Garnet:

—Eso es. Sóplate ahora cuatro horas de propina, por culpa de botarates que no saben ni…

—¡Silencio, soldado Garnet! Al relevo.

—Vamos al relevo, cabo. Pero ¡ay qué gusto!, el día que termine la guerra, y me lo tropiece yo a usted de paisano por…

—El gusto será recíproco. Señor Garnet. Pero por el momento allá delante hay alemanes.

—¿Y a mí qué? Lo que sé es que me ha robado usted cuatro horas de ronquido.

Efectuado el relevo, Ray Garnet en su lento paseo, fusil al hombro, dedicó muchos minutos a pensar en delicias renovadas, imaginando su encuentro por las calles de París, del paisano Eduard Darsonval.

A las ocho, el cabo Darsonval, soñoliento, con ansias de acurrucarse pronto en la cuneta, hasta que pudieran ir a un sector más decente, donde hubiera cuando menos ruinas, se emparejó con Garnet, completamente abotargado.

El oficial fué conciso:

—No quiero rencillas entre mis hombres. Estamos en vísperas de un gran ataque que terminará con la guerra. Olviden lo sucedido y dense la mano. ¿Me oye, Garnet?

—Como usted mande, señor.

—Y usted, cabo Darsonval, no vuelva a despertar a ningún soldado empleando la culata. Eso es todo. A dormir.

Junto a la perola donde un líquido negruzco humeaba, los dos hundieron a la vez sus cacillos. Bebieron primero. Después, fué Darsonval el que dijo:

—En lo sucesivo vete con cuidado, Garnet. Obedece primero y

después reclama.

Ray Garnet prefirió no contestar. Tenía demasiado sueño.

* * *

Cinco días después, era el cabo Darsonval el que mandaba la segunda escuadra del primer pelotón. Una escaramuza durante una marcha forzada había reducido a la mitad la sección.

Ray Garnet tendido en la paja de un establo, sin techo, sacudido el cuerpo por temblores, miraba el cielo, estrellado.

Una noche fría, silenciosa. Habían callado las baterías que hasta una hora antes, tenían entablado un duelo estruendoso.

A su lado, dijo un soldado:

—¡Y pensar que a esto le llaman el Camino de las Damas!

En el umbral ruinoso, asomó el cabo Darsonval.

—En pie, gandules. ¡«Ale, hop»! Reunión en la fuente.

Salieron cuatro soldados. Permaneció tendido Garnet.

Darsonval avanzó, y al reconocer al yacente, gruñó:

—¿Tiene el señor Garnet la bondad de galopar hacia la fuente?

—El señor Garnet envía al cuerno al cabo Darsonval. Tengo cuarenta de fiebre, y llagas en los pies.

—Yo tengo fiebre siempre que te veo. Y si quieres darte de baja por enfermo, cuando te vea el médico. Ahora tenemos que atacar.

—Que me ataquen aquí. Yo no me muevo. Estoy harto de usted, de la guerra, y de los piojos.

Una explosión repentina preludió la lluvia de obuses. Ray Garnet saltó en pie, empuñando su fusil, y corriendo con el mismo vigor que el cabo Darsonval.

Aquel sendero rústico, cercano al legendario Camino de las Damas, parecía, de pronto, haberse convertido en lengua de fuego.

Crepitaba la metralla, y la fuente, lugar de reunión se había convertido en gigantesco embudo, reducidos a pedazos los componentes del resto de la sección.

Varios cascos con la punta de hierro surgían de entre las malezas. Arrodillado, empezó Garnet a disparar metódicamente. A su lado, tendido, el cabo Darsonval, le imitaba.

Un escuadrón francés acudía. Los germanos abandonaban aquel minúsculo terrón en la tierra convertida en cráter que durante

semanas, iba a ser el Camino de las Damas.

Agregados a otra sección, codo a codo, Darsonval y Garnet, seguían disparando horas y horas, durmiendo sobresaltados, comiendo escasamente.

Siete, días después, en un breve intervalo de absoluto reposo a las armas, apoyado de espaldas contra los sacos terreros, Darsonval miró al que por servicio, apuntaba su fusil hacia las constantemente renovadas trincheras enemigas:

—Oye, señor Garnet. Me he dado cuenta de que estamos vivos, porque te quejabas de fiebre y llagas en los pies, allá en aquel establo junto a la Fuente de los Brezales.

—Vaya… Y no sabe la pena que me da pensar que es por mi culpa que está usted vivo.

—Terminarás mal, Garnet. Te lo pronostico.

—A veces, habla usted como un guardián de muelle.

—No todos podemos tener tu educación, señor Garnet.

—¿Mi educación? Yo era corredor de vinos antes de que por quintas me tocara vestir este uniforme.

—¿No eres americano?

—Lo era mi padre, pero desde los once años viví en París. Seguro que usted en su vida ha estado en París.

—Te crees muy listo. Soy de campo, pero ya nos veremos por París. Pediré destino en la capital, cuando termine todo esto.

—¿Destino de cobrador del gas?

—Tengo treinta y cuatro años, y podía haber seguido donde estaba. Pero pedí voluntario.

—¿Ve usted como no lo puede negar? Usted es tonto.

—Soy francés —dijo Eduard Darsonval irguiéndose.

—Yo a medias. ¿Y en qué trabajaba en el campo, Darsonval…?

Rompió de nuevo la sinfonía de la pólvora con un primer arpegio de obuses… La respuesta de Darsonval no la oyó Garnet, ocupado en otear las alambradas enemigas.

Eduard Darsonval había dicho:

—Era sargento de la policía metropolitana de Lyon.

Los alemanes iniciaban otro de sus ataques. Tocaron los clarines la última orden: «Calen bayonetas».

En el combate que siguió, Garnet batióse como un energúmeno, se olvidó de Darsonval y de todo.

Fue después, cuando exhausto, derrengado en el suelo, y aceptando la sopa con vino que iban distribuyendo los de intendencia, que empezó a buscar en rededor a Darsonval.

Alguien lo adivinó. Le dijeron:

—Ha tenido suerte. Un bayonetazo en una pierna. Nada grave y a descansar.

Días después, el soldado Garnet era destinado a otro batallón. Un sector tranquilo. Lucía la cinta de superviviente de Camino de las Damas, y estaba propuesto para ascenso.

Una noche, ignorando que aquel lunes iniciaba la semana en que se firmaría el armisticio, Garnet prestaba su servicio de escucha.

Metido en el pozo de tirador, medio centenar de metros delante de su propia trinchera, era su obligación no moverse de allí, salvo si apercibía fuerzas enemigas avanzando enfrente.

Las fuerzas enemigas atacaron, pero por retaguardia, infiltrándose. Desde un pozo de escucha, Garnet asistió al ataque por sorpresa de los alemanes, que se hicieron dueños de la trinchera; para casi al instante, ser atacados a bayoneta por una compañía de la Legión.

La artillería hizo tabla rasa de la trinchera, y cuando reinó un silencio sepulcral, Ray Garnet se dispuso, a orientarse, para elegir el camino más corto que le permitiera presentarse al primer puesto de mando.

Salió del pozo, para correr hacia un hoyo amplio, formado por la explosión de un «Berta». Un hoyo antiguo.

Cuando reposaba los pies al fondo, empuñó el fusil por el cañón, alzando la culata.

Pero el hombre que acababa de rodar el declive frente a él, y que permanecía exánime, boca arriba, aunque llevase el casco alemán, no tenía deseos de matar ni combatir.

Se había desvanecido. La cara ennegrecida por la pólvora, se contraía en espasmos de dolor.

Ray Garnet sentándose, lió un cigarrillo, que encendió entre sus dos manos ahuecadas, por costumbre adquirida. Era imposible que el resplandor fuera visto por nadie.

Miró al que entre dientes iba murmurando cosas incomprensibles, en su idioma.

En el negro rostro, el sudor había formado surcos. Los ojos

azules se destacaron al abrir los párpados.

—«Kaputt», Fritz —sonrió Garnet sin acritud—. Me parece que estás herido.

El alemán se llevó las dos manos al pecho. Garnet se quitó el cigarrillo colocándolo entre los labios del que aspiró con vehemencia.

Abrió la guerrera, habiendo ya en la tela reconocido el color de la sangre. Cortó la tela de la camisa, y procedió con su cantimplora, el yodo y las gasas de su cajita, a limpiar y taponar.

Asiendo por las axilas al herido, lo sentó, declinado.

Y sentándose frente a él, en el fondo de aquel pequeño abismo, comentó:

—La vida es a ratos chistosa, Fritz…

—Lorentz —silabeó guturalmente el alemán.

—Da lo mismo que seas Fritz o Lorentz. Según las ordenanzas, ahora tengo que llevarte prisionero, pero no creo que te haría gracia, ser prisionero. Ni a mí llevarte.

El alemán parecía intentar leer en los labios de Garnet. Su diestra sacó del bolsillo superior de la guerrera una cartera. La abrió, tendiéndola.

En la penumbra se distinguía el compartimento de mica, que transparentaba una fotografía, donde una silueta femenina sostenía en brazos un fajo de ropa que debía ser una criatura.

—Ya, ya… Que tienes esposa y un crío. Muy bien, Fritz. Por mí que los veas pronto y tengas más críos. También yo estoy harto de guerra. Toma, si no me comprendes, sabes ver. Esto es tabaco, y papel. Si no tienes mechero, casca dos piedras. Tu cantimplora tiene agua. Tu herida no es grave. Conque, aquí te quedas, y suerte.

—«Danke, mein freund, gutten freund» —resolló el herido.

—Adiós, Fritz.

—Lorentz.

—Da lo mismo.

Fuera del embudo, y mientras oteando en rededor, caminaba sigilosamente hacia donde poco después encontraría un puesto avanzado francés, Ray Garnet sonreía crispadamente.

La vida era chistosa a ratos. Aquel alemán enseñándole la foto de su mujer y su crío, y dándole las gracias, le llamaba amigo, su buen amigo.

Si en vez de caer rodando y herido, aparece en pie, se hubiera visto obligado a recibirlo a culatazos.

Todo dependía de naderías.

Los ojos azules le habían sonreído afectuosamente. Otros ojos tan azules y tan candorosos, le habían mirado con furor homicida en otras ocasiones.

—Filosofía barata —decidió en voz alta, apenas divisó al centinela francés.

Como superviviente con otros dos escuchas, de la cota 723, el soldado Ray Garnet pasó a una granja, en espera de engrosar las filas de otro batallón que se reorganizaba.

Y en la granja, jugando a naipes, el revuelo de campanas, un griterío alborozado y los marciales toques de cornetas y tambores, le anunciaron que la Gran Guerra, iniciada en 1914, había terminado, derrotadas las fuerzas del Imperio alemán.

CAPÍTULO II

—Escucha, Ray, yo te quiero, pero así no puedes seguir. Me debes ya dos mil francos.

—Dos mil con ciento doce francos, para ser justos, Paula.

Paula Nicholls, propietaria del *cabaret* «Harlem», neoyorkina, residente en París desde el año 13, intentó resumir:

—Apenas tienes un billete, te olvidas de trabajar. Ya, hace cinco años que la guerra ha terminado, Ray.

—Tengo mala suerte, eso es todo. Pero no te preocupes por tu préstamo. Esta misma noche te devolveré…

—No seas tonto, Ray. Lo mío sería tuyo, tan pronto nos casáramos.

—Me gustas una barbaridad, Paula, pero no tengo vocación para marido.

—¿Prefieres a la boba de Lucía?

—Lucía es de otra clase que nosotros, querida.

—Es la hija de tu hotelero. Y a saber cuántas veces no habrá compartido con otros hospedados…

La diestra de Garnet se aplicó sobre los labios de Paula Nicholls. Dijo silabeando:

—Deja en paz a Lucía. Y no muerdas, querida, o tendría que hacer lo que me repugna, y que a veces creo que me estás pidiendo a gritos.

Ella retrocedió, chispeantes los ojos.

—Lo siento, querida. Esta misma noche te devolveré los anticipos de comisiones que me has hecho. Tengo que cobrar varias cuentas.

Abandonó Garnet el piso. Sabía ya que Paula Nicholls le tenía rencor.

En la calle, apretó el paso. Tenía que recorrer varios establecimientos donde podría obtener algún anticipo sobre pedidos de vinos y licores.

Eran las nueve de la noche cuando tras recorrer en inútil petición cinco bodegas, cuyos dueños invocaron la «crisis», entraba en el «Vert Galant».

Encontró al dueño en su despacho, sin haber tenido que preguntar ni acudir a la sala donde cenaban camareros y demás personal.

Conocía el pasillo privado.

Robert Doriot no era precisamente un hombre simpático.

—¿Qué hay, Garnet?

—Necesito tres mil francos.

—¿Y a mí qué?

—Me debes el porcentaje de las cajas de champaña falsificado para turistas.

—No he vendido ni dos cajas. Lo acordado es el pago cuando haya vendido más de la mitad.

—Te hago una rebaja. Tendrás que pagarme cuatro mil. Dame ahora tres billetes, y en paz.

—Un hombre como tú, guapito y poco escrupuloso, con Paula suspirando por tu sucia mano, no debería molestar a gente atareada.

—Dame los tres mil, y no te sientas gracioso, Doriot.

—¿Qué verá, en ti Paula?

—Lo que es imposible que vea en ti. Hombría.

—Largo de aquí, vinatero. No querrás que llame a Gaston.

—No, no lo llames. No me han visto entrar, y si alzas la voz, te estampo este pisapapeles en la bocaza.

En su silla, Robert Doriot calculó las distancias, mirando el pesado bloque de cristal compacto que había cogido Garnet de encima la mesa.

—Sin tu matón no debes sentirte agresivo, Doriot. No tengo la culpa si Paula no te hace caso. Además, ella y yo hemos terminado esta tarde. Tienes el campo libre. Podréis unir los dos *cabarets*. De todos modos, ella tiene buen gusto. Llevas siempre el dinero en rollo en el bolsillo trasero de tu pantalón. Saca tres billetes de mil, y ya no me volverás a ver. Te venderá champaña para turistas

cualquier otro tramposo.

Robert Doriot se llevó la diestra al bolsillo posterior. Demasiado de prisa…

Cuando sacaba la pistola, tenía ya la muñeca cogida. Forcejearon ambos, y consiguió por fin Garnet que el arma cayera sobre la alfombra.

Siguió dando rodillazos, hasta que lasos los brazos, quedó encorvado Doriot. Le levantó el busto, de dos puñetazos. Uno en la barbilla, y otro en la garganta…

Se revolvió Doriot un instante en el suelo, antes de quedarse inmóvil.

Se inclinó Garnet para buscar por los bolsillos, hasta dar con el «rollo». Contó tres mil francos y tiró el resto sobre el desvanecido patrón del «Vert Galant».

Salió, y en el momento que abandonaba el pasillo privado para penetrar en el vestíbulo de salida, el portero negro que estaba revistiendo su levita le saludó:

—Buenas noches, señor Garnet.

—Hola, Teddy. Hasta otra.

Apresuró el paso de nuevo. A las nueve y media terminaba el servicio de comidas en su hotel.

Lucía Vareil, sencilla, amable y risueña, reprochó:

—Las nueve y treinta y tres, Ray. Veré si papá hace una excepción contigo.

Vareil, el dueño del pequeño hotel-pensión, se encogió de hombros, y reiteró:

—Este muchacho no te conviene, Lucía.

—Tiene mala suerte, papá. Pero tan pronto encuentre un trabajo mejor, cambiará.

A las diez y diez, terminada la cena, y sólo en el comedor, Ray Garnet pasó la lengua por el engomado de un sobre.

Escribió la dirección de Paula Nicholls, y en una esquina del sobre mencionaba:

«2112».

—Dando un paseo nos podemos llegar al «Harlem», Lucía. Tengo que entregar este sobre a Paula. Me había anticipado comisiones, y esta tarde hemos reñido. ¿Vienes?

—Bien quisiera, pero papá es como es. Me alegra mucho lo que

me dices, Ray. Eso demuestra que no mientes cuando me aseguras qué estás dispuesto a encontrar un trabajo más serio.

—Hace ya dos años que se hospeda usted aquí, Garnet, y oigo la misma canción —dijo Vareil entrando—. Vete a ver si estoy por la cocina, niña.

—Sí, papá.

El cincuentón vino a sentarse delante de Garnet.

—Espero que no se moleste, Garnet. Pero Lucía es toda mi familia, y si han de llevársela, será como corresponde. Y por ahora, Garnet, usted sólo tiene un buen tipo, y buenos propósitos. Nada más.

—De acuerdo, de acuerdo. Y tengo también la convicción de que Lucía sería una esposa ideal.

—Eso por descontado. Pero ¿es usted el esposo que ella merece? Encuentre un empleo serio, y entonces tal vez yo sea menos antipático.

—No lo es. Pero tampoco yo soy un cazadotes.

—Pudo usted ser gerente, y no quiso.

—No sé sonreír sin ganas, ni hacer inclinaciones de cabeza. Y ¿qué porvenir tenía como gerente? Usted es el amo, y es distinto.

—Pero aquí tenía un trabajo firme y seguro. En fin, Garnet, ya le he dicho lo que pienso. Tan amigos, ¿no?

—Tan amigos, señor Vareil. Y verá como tan pronto pueda, le demostraré que puedo ser un buen esposo para Lucía. Buenas noches.

Salió del hotel, y en la acera, al detenerse para encender un cigarrillo, pestañeó.

¿De dónde conocía a aquel hombre, alto, robusto, con rostro de perro de presa, que surgiendo de un portal vecino, se aproximaba?

En 1917, en las trincheras, los «poilus» lo eran, porque se dejaban la barba. Pero en 1922, el afeitarse era la moda.

Tiró Garnet el cigarrillo al suelo, exclamando:

—¡Que me aspen, si tú no eres el cabo Darsonval!

—Buena memoria, señor Garnet.

—¿Cómo te iba a olvidar, mi alma? —rió Garnet—. Mira, hemos de celebrarlo, cabo. Es curioso, pero ver a un antiguo compañero de fatigas, me emociona casi… ¿Estás de paso por París?

—No.

Cogiendo el brazo derecho de Darsonval, Garnet echó a andar.

—Tomaremos una copita donde se tercie. ¿Qué haces por París?

—Hace cinco años ya que vivo en París.

—¡Y te asomas ahora!

—No me destinaron al distrito octavo hasta el mes pasado.

—¿Destinado?

—Me ascendieron. Soy inspector.

—¿Eh?

Retiró Garnet la mano con la que asía el robusto brazo.

—Vaya, vaya… ¿Inspector del mercado?

—Inspector de policía. Brigada Criminal.

—Usted perdone, señor inspector. Si llego a saberlo no me hubiera permitido esta familiaridad. De todos modos, celebro haberle encontrado.

—Sigues creyéndote irónico, muchacho. Es tu mal. Me dijeron que continuabas vendiendo champaña más o menos falsificado.

—No es delito criminal. Oiga… ¿Me estaba usted esperando?

—Sí.

Se detuvo Garnet, en la esquina.

—¿Pasa algo conmigo, cabo Darsonval?

—Tú sabrás. ¿Estuviste o no hacia las nueve y cuarto, en el «Vert Galant»?

—¿Le importa mucho saberlo?

—Siempre el mismo. Y es lástima.

—La lástima puede ahorrársela, cabo. Le abreviaré el hacerme preguntas. Sí, estuve en el despacho de Doriot. Tenía que darme cuatro mil francos, y le pedí tres mil. Un tipo sucio, y quiso asustarme sacando la pistola. Le di unos toquecitos, y me limité a cobrar tres mil. ¿Qué cuento le ha metido él?

—Doriot no estaba para cuentos. Le encontraron muerto.

—¡Alto, que ha sonado un tiro! ¿Cómo dice?

—A las nueve y media, Gaston Marlú y Teddy Baker, el portero, encontraron en su despacho a Doriot. Tumbado en el suelo, limpios de dinero los bolsillos y la caja. Machacado el cráneo con un pisapapeles de cristal…

—Oiga… Repítalo…

—Te lo repetiré en mi comisaría, Garnet. Hay huellas en el pisapapeles. Teddy Baker te vió salir a las nueve y cuarto

aproximadamente. Te estabas arreglando la corbata, y sigue faltando en tu americana un botón. ¿Será éste, muchacho?

Miró Garnet el botón que entre índice y pulgar le mostraba Darsonval.

—Encaja —admitió, ceñudamente—. Y también reconozco que el pisapapeles lo cogí un instante. Pero yo no he matado a Doriot, y cuando le registré los bolsillos para coger los tres mil, estaba «groggy», pero muy vivo.

—Personalmente, puedo creerte, pero como funcionario de policía, es mi deber detenerte…

Hacía ya unos instantes que Garnet estaba pensando que tenía que escapar. De momento, huir, agravaba las sospechas que recaían sobre él.

Pero no estaba dispuesto a ser detenido, y esperar en prisión un problemático reconocimiento de errores judiciales de los que no quería ser una víctima.

Hizo su cálculo mentalmente. Se trataba de aprovechar el momento oportuno, y mientras hablaba, mirando el tráfico, decidió que con sortear unos coches, alcanzaría fácilmente la encrucijada de la plazoleta con sus descensos al metro.

—Usted puede detenerme, y no me opongo, cabo. Pero de hombre a hombre, no he sido ni seré nunca asesino. Si lo fuera, me entregaría. Vamos a su comisaría, pero…

Aquel camión que iba a adelantar dos taxis, era el tanque urbano que iba a protegerle la retirada, si la suerte le favorecía.

Saltó hacia delante, y el propio Darsonval gritó:

—¡Cuidado, Garnet, cuidado!

Dió para los que presenciaron el rápido salto, la impresión de un atropello. El chófer del camión imprecó, los dos taxis frenaron, la gente oyendo chirridos y exclamaciones, buscó en la reluciente calzada el cuerpo atropellado.

Sonaron bocinas imperiosas, al irse deteniendo otros coches, porque en su derrapaje el camión cerraba el paso, tocando con su radiador la rueda del carruaje detenido en sentido opuesto, sobre la izquierda.

Darsonval en la otra acera, desistió. Era perder el tiempo adivinar por cuál de las dos bocas del metro se había colado Ray Garnet tras su espectacular salto.

Sólo quedaba transmitir la orden de detención a todas las prefecturas francesas, telegráficamente, empezando por las de fronteras y litorales.

CAPÍTULO III

Ray Garnet cambió repetidamente de línea, bajando en los andenes de enlace, hasta que llegó a una conclusión. Había dos sitios donde no le buscaría Darsonval, precisamente porque era absurdo pensar que iría un fugado a su propio hotel, o al domicilio de la que constaba como su novia: Paula Nicholls.

No quería comprometer a los Vareil. En cuanto a Paula, ya debía haberla interrogado.

Conocía perfectamente el carácter de las mujeres como Paula. Aunque se habían separado aquella misma tarde en forma que parecía una ruptura, también otras veces habían discutido.

Además, hasta podía decir que había peleado con Doriot a causa de ella, y en cierto modo no mentiría.

Giró la manivela del teléfono en la cabina del bar de la estación del metro Bastille. Sabía lo que tenía que decir para que acudiera inmediatamente ella.

—Avisen a Paula de parte de un arrepentido. Ella espera mi llamada.

Así habían hecho las paces en otras ocasiones.

Y al poco, era ella la que preguntaba:

—¿Eres tú, Ray?

—Estoy en un aprieto. ¿Lo sabes?

—Hace media hora me he enterado… He estado muy intranquila. No me cogió muy de sorpresa. Sabía que algún día tú y él terminarías peleando… Mi hermana está fuera. Encontrarás la llave en el florero de la hornacina, como te expliqué una vez. A las tres estaré contigo, y además… tengo una buena noticia para ti. No hay mal que por bien no venga. Hasta después, amor mío.

Colgando, Garnet meditó que no fallaba, Paula creía ya que él se

había convertido en un «fuera ley» por ella.

La casita de la hermana de Paula, era un capricho de viuda rica y viajera. Aparecía de pronto, pasaba unas semanas en París, y desaparecía camino de cualquier otra capital.

Casi en las afueras, en el tranquilo barrio exterior. Allí podía ocultarse, dejando pasar el tiempo, hasta que se convencieran de que no era el asesino de Doriot.

¿Quién se había aprovechado…? Se encogió de hombros, mientras se dirigía hacia la casa de las afueras, paseando como un noctámbulo de tranquila conciencia.

¿Cuál sería la buena noticia que Paula tenía que darle?

Lo supo cuando se despertó de la modorra aburrida que le produjo la espera en el cómodo diván del salón amueblado con el confort más satisfactorio.

Despertó como cuando en las trincheras, trataba de adivinar si era aliado o enemigo el que se acercaba.

Paula Nicholls cerró con llave, y al volverse contempló con evidente admiración al que desde el umbral del salón esperaba.

—Hola, querida. ¿No te han seguido?

—Estoy muy segura de no haber sido seguida. Pero, Ray… ¿Por qué perdiste la cabeza?

—Yo no maté a Doriot.

Ella estaba ya delante de él. Se limitó a abrazarse estrechamente al busto, reclinando su cabeza en el hombro masculino.

—Como quieras, y lo único que importa es que me alegra que pensaras en mí.

—¿Qué noticia tan estupenda me ibas a dar?

Estaban ya sentados en el diván, y ella dejó de ser la hembra admirativa para pasar a convertirse en la mujer de negocios.

—Si no te importa ausentarte de París un par de meses, puedo proporcionarte la ocasión de salir de Francia sin peligro, y ganar un montón de miles.

—Querida… Me gustaría creer en milagros. Pero ya ves si soy escéptico, que en vez de seguir dócilmente al policía, que quiso detenerme, preferí «escampar».

Ella rió antes de replicar:

—No es lo mismo, ni mucho menos. Ya te dije que no hay mal que por bien no venga. El hecho de que la policía te busque, es

precisamente la mejor de las garantías para los tres americanos.

—¿Qué tres?

—No les conoces. Cuando me hablaron de que necesitaban a un hombre de plena confianza, pensé en ti. Fué esta tarde, después que te fuiste, cuando ultimamos nuestro trato, y les prometí que les presentaría al hombre que necesitaban, sin mencionarte. No pensé que además de proporcionarte un beneficio, te resolvería así la fuga… Y más tarde, podríamos en América…

—Antes de hablar del porvenir, querida, ¿te daría igual aclararme de qué me estás hablando con tanto misterio? ¿Quiénes son esos tres americanos, y por qué soy yo el hombre cabal para ellos?

A las preguntas contestó ella con otra:

—¿Has oído hablar de la «Rum-Row»? [1]

—Algo he leído en algún periódico, pero vaga mente.

La explicación de Paula Nicholls resultaba interesante. La Ley Seca había creado la «Rum-Row», una especie de feria marinera, que tenía su sede a catorce millas de las aguas territoriales que bañaban la costa entre Nueva York y Providence.

Al interior de las catorce millas, una verdadera flota de combate, de rápidos barcos aduaneros y de la escuadra, vigilaba incesantemente la flota aun más numerosa de los cargos repletos de cajas de botellas de todos colores y marcas.

Fuera de las aguas territoriales, el comercio del alcohol era libre. Los «bootelgers» trataban pues normalmente sus negocios en alta mar.

Las dificultades empezaban para ellos a partir del momento en que habiendo transbordado la mercancía traída de Europa, a sus propios barcos, debían llevarlos hasta el continente americano. Un tráfico muy peligroso, porque tanto si estaban en aguas territoriales como fuera de ellas, las naves del Estado no protegían a los barcos contrabandistas contra los «high-jackers».

Unos modernos piratas que daban pruebas de gran ingenio para saquear el género transportado por los suministradores.

Existían luego los barcos-*dancing*, que se inmovilizaban en la Avenida del Ron, para surtir a clientes que acudían desde tierra, y pasaban su fin de semana, o un par de días a bordo.

Luego, había una serie de barcos de menor calado, que pedían por su telegrafía sin hilos a los barcos que pasaban, si podían venderles algunas cajas de bebidas alcohólicas.

En aquel mercadillo flotante, el alcohol, única mercancía en venta, adquiría calidad de vital obsesión.

Todo este mundo, le pareció a Garnet pintoresco y gracioso.

—Estos americanos compraron, por mi mediación, el alcohol. Eran ya sabedores de que hay mucha falsificación, y por eso les vendí una partida garantizada, puesto que la pedí como para mi local. No te hice el pedido por una razón sencilla. No debes figurar para nada en la compra, ya que para los oficiales del barco, serás como quien dice el representante de los americanos.

Raymond Garnet sonrió complacido. Unos oficiales de barco, le tomarían por un «gangster» contrabandista…

—El cargo que zarpará de Burdeos, mañana al mediodía, transporta la bebida comprada por mí, con el dinero de los americanos. Los oficiales son de plena seguridad, y han efectuado ya varios viajes a la
«Rum-Row»,
pero es preciso que a bordo esté una persona como tú. Y sólo tú conocerás las señales convenidas. Te explicaré el proceso de este tráfico. Aquí, una vez adquirida legalmente la bebida, y transportada a bordo, el cargo ha de zarpar en rumbo directo hasta la
«Rum-Row»,
en la singladura ordinaria del viaje Burdeos-Nueva York. Más allá de las Bermudas, esperará el barco de los americanos, es decir, fletado por ellos, con gente segura.

—¿Y cómo sabré…?

—Esto es, Raymond, lo que te concede tu gran ocasión. Al comprometerte conmigo y los americanos, cumplirás tu cometido, que consiste en ser el único a bordo del «Mary Conrad» que conocerá la dos señales.



—Zarpar es sencillo... ¿Llegar?...

Añadió ella:

—Las dos señales especiales por las que se hará identificar el velero que recogerá la mercancía, te la darán los americanos. Naturalmente, estos señores no pueden viajar a bordo del «Mary Conrad» para evitar que sea señalada su presencia desde Burdeos a los aduaneros americanos. Y no pueden confiar a los oficiales del «Mary Conrad» un secreto que vale miles de dólares. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Yo a bordo, representaré a los americanos, y comprobaré que la descarga en alta mar se verifique adecuadamente. Y puedes estar segura que has hecho bien en confiar en mi lealtad.

—Hablemos ahora de las condiciones. Los americanos a los que verás aquí mismo, han estado de acuerdo en que yo misma fijase tu pago. Cobrarás quince mil francos ahora mismo, y treinta mil cuando todo termine.

Raymond Garnet rió, mientras veía a Paula Nicholls sacar de un bolso, un rollo apretado por una goma roja.

—Tus quince billetes, Raymond. No dirás que no te he proporcionado una excelente comisión, y oportunísima.

—¡Formidable, dirás!

—No te entusiasmes, Raymond. Adquieres un grave compromiso. Los americanos pagan para que el licor llegue a su destino. Cualquier fallo te sería achacado, y debo advertirte que aún estás a tiempo de negarte. Estos caballeros, suelen ser muy duros en sus reproches…

—No hay temor, porque no habrá fallo. Bien, entendámonos, si los apaches del mar, asaltan el «Mary Conrad», eso no me puede ser reprochado.

—Siempre que se demuestre que no tuviste participación en ello. Una vez poseas las dos contraseñas, habrá posiblemente alguien en Burdeos que pueda verte como único pasajero del «Mary Conrad» que para nadie es ningún secreto lleva en sus calas, licor para la «Rum-Row».

Supón que te hacen una oferta…

—¡Por favor, señora! —exclamó, guasón, Garnet—. Yo soy un hombre leal a mi palabra.

—Eso les he dicho a ellos. He quedado, en telefonearles. ¿Ahora, Ray?

—Sí.

Se levantó Paula Nicholls para ir al teléfono, donde pidió la dirección de un hotel que gozaba de la preferencia de los turistas norteamericanos.

Habló unos instantes:

—Pueden venir cuando quieran. Todo está en orden.

De regreso a la mesa, Paula Nicholls sonrió.

—Cuando ellos lleguen, y han dicho que vienen al instante, iré arriba. Después nos despediremos, Ray, si te pones de acuerdo, como supongo, con los tres. No les gustaría creerme una necia que no sabe conocer la valía de un hombre como tú.

—No eres ninguna necia. Hasta luego, Paula.

Al quedar solo, se esforzó en no pensar en Darsonval.

Fué a abrir la puerta, permaneciendo en acecho, y volvió a encender la luz, cuando de un coche que acababa de detenerse, vió bajar a tres hombres.

Fué a sentarse en el centro del recibidor dando cara a la puerta.

El primero que entró era un hombrecillo de hombros estrechos, con gafas y rutilante la boca de oro.

Miró a su espalda, y su modo de presentar a los otros dos que entraban fué concisa:

—El rubio es Ned, el moreno Johnny. Llámeme Biff, amigo. ¿Conque usted es el tipo con agallas y de una sola palabra, que nos recomienda Paula? Tiene cara astuta el muchacho, ¿no, viejos?

Ned y Johnny fueron a sentarse a cada lado de La sala, en una silla. La empleaban a la inversa, apoyando brazos y pecho en el respaldo.

Raymond Garnet les dedicó a cada uno, una mirada inquisitiva. Después, en perfecto gangueo muy familiar, desde su primera infancia, se presentó:

—Me llamo Ray Garnet, y basta que Paula me haya recomendado, para que puedan ustedes dar por el evangelio cuanto ella les haya dicho.

—Así se habla, muchacho. ¿Verdad, viejos? Hemos celebrado el trato, y tenemos la boca un poco acartonada. No beberemos para cerrar el trato. Concretemos un par de puntos, Ray. Usted ya conoce su cometido. Mantendrá a distancia a los oficiales del «Mary Conrad», sin admitirles confianza. Ellos podrían intentar sonsacarle las contraseñas, y transmitirlas a cómplices. Toda prudencia es poca en este negocio, muchacho.

El hombrecillo hablaba con ritmo de martillo que repica, pensó Garnet. Acentuaba la primera sílaba de cada palabra, y la última era silbante.

—Si el muchacho acepta, es porque sabe de qué va, ¿no? —intervino el llamado Ned.

Un rubio del tipo falsamente adiposo. Alto y de cara llena, con manchas amarillentas en las manos.

El moreno Johnny no apartaba la vista de Garnet, que dijo:

—Paula me ha explicado todo perfectamente. Quedarán ustedes contentos y he de admitir que siendo novato, sus consejos me son útiles, Biff.

Biff martilleaba y silbaba:

—Así se habla, ¿verdad, viejos? Un punto claro. Nada de confianzas a bordo. El viaje del «Mary Conrad» hasta el punto de descarga, si no hay averías, y mantienen la singladura normal, consumirá de siete a ocho días. Es un casco un poco reumático el «Mary Conrad». Llévese libros, revistas o haga solitarios, pero salga lo menos posible de su camarote. Tome esto. Lo agarra por la culata, ¿eh, muchacha?

Biff rió estruendosamente su propio chiste. Raymond Garnet cogió la automática, deslizándola en su bolsillo.

—No le hará falta, pero nunca es desdeñable un compañero como ése. Cuando regrese, le da esta herramienta a Paula. Segundo punto decisivo: esto.

El hombrecillo arrojó sobre la mesa, una carterita de hule marrón.

—Espere un instante antes de cogerla, Ray. Contiene una tarjeta que le sirve de presentación para el capitán Castels. Él tiene la otra mitad, inversamente dentada a ésta, ya que la rompí yo mismo. Hay un sobre en el interior de la carterita. No debe abrirlo hasta el séptimo día de viaje. Y sobre todo, que nadie le quite esta cartera, amigo mío. Cuide de ella como de sus propios ojos. Contiene la señal por la que el barco que esperará, avisará telegráficamente su posición, y cuando se aproximen a él, tendrá que izar un pabellón especial que no figura en el código marinero. Aunque dé la señal de posición, no permitirá que se acerquen sus lanchas de transbordo, mientras no exhiba el pabellón.

—Quisiera hacer una sugerencia, Biff.

—¡Adelante con ella!

—¿No será mejor que me aprenda de memoria las dos contraseñas? Así evitaría cualquier extravío.

—No está mal, ¿verdad, viejos? De acuerdo. Un muchacho astuto.

Raymond Garnet cogió la carterita, encontrando una tarjeta con tres lados rectilíneos y uno en oblicuo sesgo.

Había sólo seis letras escritas con trazo grueso:

> NUESTR

Sacó un sobre doblado, que rasgó por un extremo. Estaba emocionado y trató de disimularlo, examinando con aire de aburrido, el papel que extrajo.

Decía, con el mismo grueso trazo:

> «FONDO VERDE, CÍRCULO CENTRAL ROJO, Y EN LA ESQUINA. INFERIOR JUNTO AL MASTIL, TRES ESTRELLAS PLATEADAS. ESTE PABELLON PERMANECERA IZADO MIENTRAS EL VELERO PUEDA AVISTARSE A LONGITUD DE ANTEOJO, ARRIANDOSE CUANDO EL “MARY CONRAD” ESTE A UN CUARTO DE MILLA».

Dió Garnet vuelta al papel, y leyó:

> «LA SEÑAL INDICANDO LATITUD Y LONGITUD SERA PRECEDIDA DE LA PALABRA COCKUM. Y CERRARA LA SEÑAL DE POSICION, LA PALABRA WILBURN».

—Si no he comprendido mal, hacia el séptimo u octavo día de mar, el telegrafista de a bordo, recibirá una llamada, que se iniciará con la palabra Cockum y dará latitud y longitud del barco que emite, terminando con el nombre Wilburn.

—Éste es el primer contacto.

—Y cuando el «Mary Conrad» se dirija hacia la posición señalada, desde el velero que espera, izarán un pabellón verde, con un círculo rojo en el centro, y tres estrellas plateadas abajo en la esquina junto al mástil.

—Un memorión excelente, muchacho. Queme el papel, cuando esté seguro de no confundir colores ni palabras. No queda más que hablar. Usted nos representa a bordo, y no subirá nadie sin que esté usted seguro son nuestros hombres. Haremos otros viajes para usted, Ray. ¿Queréis decirle algo al muchacho, viejos?

—Por mí, buen viaje y hasta otra —dijo Ned levantándose, y encaminándose hacia la puerta.

Biff se tocó la frente con el índice recto, en saludo de despedida. Los dos salieron, y el moreno Johnny se aproximó a Garnet.

Sonreía con la misma expresión de un perro hambriento.

—No lo tome a mal, amiguete. Pero es preferible no engañarnos. En este negocio invertimos un buen lote, y yo soy muy mal jugador. Cuando pierdo, me pongo rabioso.

Raymond Garnet frunció el entrecejo. Mantuvo la mirada fija en Johnny.

—Oiga, amiguete, seré novato, pero no idiota, ni falso, ¿estamos?

—Así sea. Adiós.

Vió a los tres «gangsters» meterse en el coche y poco después, Ray Garnet edificaba planes de porvenir con Paula Nicholls.

CAPÍTULO IV

La ventanilla transparentaba un hermoso paisaje de landas. Había quedado atrás Mont-Marsan, y Garnet se felicitaba por haber sabido dominar su tentación de adquirir ropa y maletas en París.

Había comido en el vagón restorán, con la euforia de un hombre a cubierto de toda preocupación económica.

Su plan era excelente. Llegaría a las ocho y media a Burdeos. Cenaría en un sitio típico, iría al teatro de vodevil, y después dormiría en cualquier *meublé*.

A la mañana siguiente, a las nueve, tras un buen desayuno, adquiriría dos pantalones de franela, grises. Un jersey azul, una chaqueta de fondo *beige* con cuadros, bien almohadillada, un sombrero azul, y una gorra gris. Unos buenos zapatos con suela de crepé, y unas zapatillas de tenis.

Con una maleta flexible, estaría ultimado su bagaje. Compraría unas cuantas novelas de temas marineros, y revistas entretenidas como el «París Plaisirs», «La Vie Parisienne»…

Se acurrucó complacido en el compartimiento que ocupaba a solas, desde que en anteriores estaciones, descendieron gentecillas sin importancia.

Una campesina vieja, un sacerdote taciturno, y un grueso sujeto con trazas de viajante de comercio, que no habló porque con sueño atrasado, se durmió, desde que subió tras pedir a la vieja campesina que le despertase al llegar a Mont-Marsan.

Mirando a través de los cristales, el paisaje que se diluía en el nocturno incipiente, dormitó acunado por el traqueteo. Tenía algo de fatiga, seguramente por las sucesivas emociones experimentadas desde la noche anterior, y la excitación venidera de su viaje a la «Rum-Row».

Por eso cuando bajó en Burdeos, cambió de plan. Iría, a cenar y a dormir al mismo hotel. Examinó las viseras de los cocheros que esperaban, y se decidió por el «Hotel des Marins».

Un sitio simpático, con camareras amables, y un gerente muy cordial. Una alcoba limpísima, con ventana al ancho estuario del Gironde.

Dió un nombre falso.

Durmió de un tirón ayudado por la ingestión de una botella de Médoc, y dos copas de «fine» de añeja cepa.

Su abrigo nuevo, de anchas solapas y cinturón, le confería un aplomo agradable, cuando se miraba en los escaparates, en busca de nueva ropa.

A las once había realizado sus compras, no acabándole de gustar la chaqueta gris a rayas, pero cuantas más veía, menos sabía con cuál quedarse.

Y entonces, con la maleta de flexible piel marrón conteniendo sus recientes adquisiciones, tras haber pasado diez minutos en una librería de lance, penetró en el coche de punto que le aguardaba en la calle.

—Voy a bordo del «Mary Conrad». ¿Sabrá encontrarlo?

—Si no se ha ido a pique, sí, capitán —rió el cochero.

Sonrió Garnet. La gente era encantadora. El mundo era de los hombres tenaces, que nunca se amilanaban, como él.

Ahora se aproximaba el momento importante. Todo dependía de su actitud al pisar la cubierta del barco. Nada de tolerar confianzas, pero tampoco podía comportarse incorrectamente, si no le daban motivos.

Las calles de la ciudad tenían a ratos panorámicas de vieja historia. Pancartas de hierro recortadas en forma de gallo, de cerdo, de barril, anunciando hosterías.

Tiendas de artesanos, escaparates de vinateros y artículos navales.

No se olía a mar, sino mixtura, a brea, sal y maderas con solera, de los toneleros.

Las ruedas crujieron sobre el empedrado de un muelle. Inclinado, Raymond Garnet contempló a través de la cortinilla líquida de la llovizna, los negros cascos, con la superestructura blanca, chimeneas rojas, grúas en función, faquines y estibadores,

carretillas empujadas por portadores.

Era hermoso aquel espectáculo. Un puerto siempre era hermoso, porque representaba la posibilidad de evadirse de la monotonía.

—Ahí tiene su trasatlántico, capitán.

El aviso del cochero, le hizo saber que habían llegado. Pagó la cantidad pedida, y asiendo su maleta, bajó cejijunto.

Se detuvo a ras de piedra, junto a la seta de hierro en que se enroscaban gruesos cabos. Sabía ya que las sogas destinadas a tracciones marineras, se llamaban así: cabos. Y que un marinero Se indignaba si se aludía a la soga por su verdadero nombre.

—¡Vaya cáscara! —masculló.

El «Mary Conrad», ventrudo y achaparrado, pintado en negro y ocre, no debía llegar ni a las tres mil toneladas, pensó haciendo un cálculo bastante erróneo, porque era un «mil cinco», originariamente dedicado al transporte de ganado y vinos entre Burdeos y Marsella.

«Aguanta bien el mar», aseguraban los conocedores, pero a Garnet aquel barco se le antojó sucio y pobretón.

Se dirigió hacia la escalerilla inclinada lateralmente, por la que pudo subir sin ser interpelado. Pero al ir a pisar cubierta, dos hombres le miraron.

Vestían el uniforme aduanero.

Raymond Garnet esbozó un saludo y una sonrisa conciliatoria.

—Papeles, señor.

Pero una voz áspera, anunció desde el interior de la sala central:

—Es el representante que estaba esperando. Pase, señor Garnet.

Raymond Garnet avanzó hacia la cabina-salón central. Pestañeaba porque había poca luz.

El mismo que había evitado que los aduaneros le pidieran el pasaporte, se dibujó al avanzar bajo la luz.

Rechoncho, con barba en collar, vistiendo una guerrera blanca, y un pantalón azul, calzando botas de caucho, Laurent Castels posó sus claros ojos grises en el recién llegado.

—Bienvenido, Garnet. Me han telegrafiado sus señas, y por eso le reconocí.

Garnet dejó la maleta en el suelo, se desanudó el cinturón, y sacó de su bolsillo la carterita de hule, extrayendo la tarjeta rota.

Dijo:

—Puro formulismo, pero me dieron esto.

Los amorcillados dedos del capitán. Castels hurgaron en el bolsillo superior de su guerrera, y el pedazo de cartulina que sacó, encajó perfectamente con el que sostenía Garnet, que leyó:

«NUESTRO HOMBRE».

—Tendrá que firmar el libro de pasaje, también por simple formulismo, Garnet. Venga, a mi camarote.

Por el estrecho pasillo que olía a carburo, coles podridas y jabón, de coco, Garnet echó a andar tras la mole rechoncha del bordelés.

Atravesando el pasillo, subió Castels una escalera empinada, y en el primer puente, abrió una portezuela. Su camarote era confortable, bruñidos los metales y brillante la madera caoba.

Una litera, un lavabo, dos armaritos empotrados, una mesita y dos sillones.

—Bastará con que inscriba usted cualquier documento y cualquier nombre. No le hace falta el pasaporte, ya que no toco, tierra más que en Nassau para repostar, y usted no bajará; al menos así lo he garantizado a los de aduanas. Usted viaja solo como control de la carga, y tengo amistades en aduanas. Hoy por mí, mañana por ellos. Me bastó con afirmar que usted no tiene antecedentes.

Éste era el momento de hacerle saber a aquel marino, que no admitía confianzas.

—Una afirmación sin base, capitán.

—La señorita Nicholls no recomendaría a un elemento que pudiera comprometerme. Firme su inscripción, y anote el número de cualquier documento. En la casilla. «Motivos del viaje», ponga: «Familiar del capitán». Bastará, sólo falta media hora para zarpar, y tengo que ultimar unos detalles.

Raymond Garnet cogió la pluma y rellenada falsamente la inscripción, dijo:

—Si tiene la bondad de enseñarme mi camarote…

—Vamos a verlo. No estará muy cómodo, pero mi barco no es de pasaje.

—Estoy acostumbrado a todo, capitán.

Bajando otra escalera, Castels, sin volverse, manifestó:

—Las comidas pueden servírselas a domicilio, si se entiende con el pinche. Tengo el personal justo, pero el pinche puede llevarle cuanto necesite, y esté a su alcance.

El camarote era un cubil estrecho, asfixiante, pero Garnet estaba decidido a mantenerse en una actitud de aislamiento.

—El sobrecargo dormirá en el comedor. Si me necesita para algo, pregunte al pinche. Bienvenido, señor Garnet.

Raymond Garnet tiró sobre la litera su maleta, disponiéndose a salir. Un hombre antipático aquel capitán. Hubiera podido ser más cortés, más cordial en su acogida.

Cerró por fuera con la llave, guardándosela, y al término del pasillo giró a la derecha, subiendo una escalera, hasta que el aire húmedo impregnó su rostro.

Debía haberse equivocado de escalera, porque acababa de salir en el entrepuente a proa. Se acodó en el reborde, mirando el borroso contorno de la ciudad, por entre chimeneas, palos y grúas.

Un muchacho de unos catorce años, se aproximó. Destacaba en su ropa azul, el blanco delantal, algo mancillado de grasa.

Aquel muchacho, el pinche, sin duda alguna, le miraba con admirativa mezcla de temor y pasmo.

—Hola, gran hombre. ¿Cómo te llamas amiguete?

—Janot, señor. Bueno me llamo Jean Fronsac, pero me conocen por Janot.

—¿Tienes trabajo ahora, Janot?

—Hasta que zarpemos, no, señor, porque tengo todo preparado. Y el cocinero no me necesita ahora.

—¿A qué horas se sirven las comidas en este casco?

—El desayuno a las siete, el almuerzo a las diez, la comida a las doce y la cena a las seis, con la última a las diez, para los que no están de turno, señor.

—Ni hablar para mí, Janot. Me traerás el desayuno a las diez y cuarto, la comida a las dos, y la cena a las ocho.

—El cocinero se me echará encima, señor.

—Pero tú eres un chico listo, vaya que sí. ¿Sabes cómo hacemos en mi tierra para que nos digan que sí?

—No, señor, y habla usted muy bien el francés, señor. El cocinero me dijo que a lo mejor nos tendríamos que entender usted

y yo por señas.
—Al cocinero le dices de mi parte que es un ganso. Y para que no se ponga más ganso, dale este billete de mi parte. Verás como acepta mi horario. ¿Cuál es, Janot?
—A las diez y cuarto el almuerzo y desayuno, la comida a las dos y la cena a las ocho, señor Garnet.
—¿Cómo sabes que me llamo Garnet?
—Esas cosas corren pronto a bordo, señor.
—Este otro billete para ti.
Asombrado, el pinche examinó con desconfianza el billete, y dijo roncamente, con un gallo inicial en su garganta de adolescente:
—Son cien francos, señor.
—Así es, Janot. Anda, despeja el aire, muchacho.
El pinche sonrió. Tenía una mirada buena aquel chiquillo, meditó Garnet.
El barco pareció emitir un mugido de res apuntillada, al anunciar su próxima salida.
Raymond Garnet miró con desconfianza la proa que se apartaba del muelle, pareciéndole más seguro el lanchón que había recogido el cabo.
Permaneció en el entrepuente, sin girarse cuando tras él oía pasos. Miraba la ribera que se deslizaba, baja y monótona.
Empezó a notar que le faltaba saliva, y un leve zumbido como el producido por un mosquito, le hostigaba los oídos.
El colmo. Nunca se había mareado en los «moscas» que hacían el recorrido por el Sena, desde París hasta El Havre.
Aquel sucio barco era indecoroso. Cualquiera se marearía con aquel cabeceo lento.
Decidió encerrarse en su camarote, y tardó bastante en hallarlo, bajando por dos veces a la sala de máquinas, y remontándose para penetrar en un comedor donde tres hombres le miraron hoscamente, hasta que, por fin, dió con su cabina.
Se anunciaba bien el viaje, refunfuñó, mientras se apoyaba en el minúsculo lavabo.
Cuando a las dos, alguien llamó a la puerta, gritó fuertemente:
—¡A las ocho, Janot; ya he comido este mediodía!
Dormitó, entre frecuentes arcadas, asombrándose de poseer tantas cosas en el estómago, y a las ocho, hizo de tripas corazón,

yendo a abrir.

Janot presentó una bandeja, donde en un plato, la sopa se movía a compás del balanceo, y unos huevos fritos se bañaban en salsa de tomate.

Raymond Garnet apartó asqueado la vista, y dijo:

—Café y tostadas, Janot. Y fruta, mucha fruta.

Durante cuatro días, no salió del camarote más que lo imprescindible. Estaba convencido de que con aquel régimen de café y fruta, estaba perdiendo al menos un kilo cada veinticuatro horas.

Estaba amarillo y ojeroso, y un ambiente fétido le envolvía. Cuando lograba dormirse en pesado sopor, refunfuñaba:

—Vaya viaje, vaya viaje…

CAPÍTULO V

Al quinto día de travesía, Garnet se mudó, estrenando ropa interior, y el estuche neceser, para afeitarse.

Ya se había convertido en un lobo de mar. Había desayunado a las diez y cuarto, con gran voracidad. Una tortilla, pan y café con leche y galletas.

Subió al entrepuente, a gusto en su jersey azul y ladeada la gorra gris. Las zapatillas de tenis le daban una pisada deportiva.

Se extrañó al ver cómo rutilaba el sol, y lo bien oliente que era el aire del océano.

La mar estaba preciosa con aquel blanqueo de crestas suaves, que se irisaban en murmullo cantarino.

Janot pasó por su lado.

—Hola, gran hombre. Ya pasó la tormenta. Siempre me sucede lo mismo, los primeros días. El estómago y el cerebro son dos cosas muy distintas.

—Sí, señor. También a nosotros nos sucede, cuando hay «roulis», y lo hubo apenas dejamos el estuario.

—Hoy está magnífico el día, Janot. Anda, vete a lo tuyo.

Garnet estuvo paseando por las cubiertas, inspeccionando lo poco que en el espacio del «Mary Conrad», quedaba al aire libre.

Hubiera deseado conversar con alguien que no fuera Janot. Bien, si aquellos marineros se sentían poco dispuestos a confraternizar, allá ellos.

No iba a ser él quien diera el primer paso. Se instaló encima de un hacinamiento de lonas, apiladas en cuatro dobleces.

Y vió acercarse al capitán Laurent Castels.

Éste, al pasar delante, suyo, se limitó a decir, tocándose el borde de la visera:

—Llegaremos al punto convenido, con normalidad.

Y desapareció escaleras abajo.

Garnet se cruzó de brazos. Parecía como si hubiera a bordo una conspiración para mantenerle a distancia. Les molestaba por lo visto, tener a bordo, a alguien que fiscalizaba la carga.

Pero su amor propio le evitaría ir a mendigar simpatía, calor humano. Tenía novelas, revistas y una baraja. Y, sobre todo, un porvenir espléndido.

Pasó el resto del día, y el siguiente, leyendo y abandonando a los pocos capítulos, diversas novelas, sin encontrar emoción ni entretenimiento.

La policía francesa era rápida y eficaz. Pero le entraron dudas. Si era rápida y eficaz, ¿cómo no le habían detenido a él?

Al día siguiente, séptimo del viaje, juzgó llegado el momento de intervenir.

A media mañana, llamó a Janot, cuando éste pasaba por su lado.

—Me ha llamado el capitán, señor Garnet. Voy…

—Dile que quiero verle, y que estoy aquí.

Poco después regresaba Janot.

—El capitán le espera en su cabina, señor Garnet.

Y el grumete se alejó presuroso.

No llamó en la puerta, si no que hizo girar la manecilla. Encontró a Castels sentado, con los codos apoyados en su mesa, de espaldas a ella. En tal postura, el torso parecía más macizo.

—¿Quería verme, Garnet?

—Ya es hora de que le diga al telegrafista lo que debo decirle. Tanto puede ser hoy como mañana, cuando llegue la señal.

—Hay tiempo. Primero han de trabar contacto, y no siempre es fácil. Además, para trabar contacto con mi telegrafista, han de dar una señal.

—¿Una señal?

—Entendámonos. No es la suya, sino la de código, y salvo un barco pidiendo auxilio, sólo puede llamar quien conozca nuestra singladura. Se le avisará inmediatamente que una señal concreta indique a mi telegrafista que alguien quiere comunicar.

—Bien, pues ya me avisarán.

Y Garnet abandonó el camarote.

No hubo novedad en todo el día. A lo mejor, por la noche

llegarían a la zona de destino.

Pero transcurrió la noche, y cuando estaba durmiendo, se despertó sobresaltado, porque llamaban insistentemente en su puerta, que mantenía cerrada por dentro.

Fué a abrir.

Un desconocido dijo:

—Le esperan en la cabina del telegrafista.

Encima de su pijama, se embutió Garnet en su abrigo, alzando las solapas al llegar al entrepuente. Estaba amaneciendo.

Le hizo señas Castels desde una puerta. Un cuartucho, y con auriculares puestos, un hombre que apoyaba la mano en un dial giratorio.

Castels tocó en el hombro al telegrafista, que dijo:

—La palabra Cockum como primera señal.

—Cockum —repitió Castels.

El telegrafista asintió, y empezó a escribir en su block, unos números, surcando los primeros con una raya oblicua, y los últimos subrayándolos.

—Wilburn la palabra de señal última —dijo Garnet.

—Wilburn de cierre —dijo Castels, inclinando el busto, y apoyada la mano en el hombro del telegrafista.

Volvió a asentir el que manipulaba, mientras recogía Castels el papel escrito, abandonando el cuartucho.

En el puente, dijo:

—Aquí está la posición, y no distará su barco ni dos millas.

Siguió Garnet la dirección en que señalaba el capitán. Se veían varias siluetas de barcos espaciadas, algunas con penacho de humo, otras grises y nítidas.

La
«Rum-Row»,
por fin.

Echó a andar tras Castels, que subió a la cabina encristalada, donde el hombre en pie, junto a lo que parecía un poste callejero de correos saludó:

—Sin novedad, señor.

—Cambie de rumbo, Frehel: «Nornoreste».

El piloto habló por un acústico, mientras hacía girar cogida del asa, una doble palanca al extremo del pequeño poste.

Garnet se colocó al lado de Castels, que dirigió unos prismáticos hacia un punto lejano.

Al cabo de unos minutos, sin apartar los prismáticos de los ojos, preguntó Castels:

—¿Un tres palos blanco, Garnet?

—Vea el pabellón.

—No ostenta pabellón, pero está en la posición aproximada que indicó. Al pairo. Un momento, un momento… Izan ahora trapo.

—¿Verde?

—Con un círculo amarillo en el centro.

—Cerciórese…

—Usted mismo, Garnet.

Presentó Castels los prismáticos. Los enfocó Garnet, pero no veía ningún pabellón. Le tocaron en el hombro, mientras la regordeta mano del marino rectificaba la dirección de los prismáticos.

—A proa dice «Jamaica Kidd».

Vio Garnet un esbelto velero blanco, en cuyo palo central enrizadas las lonas, había un pabellón flameando al impulso de la brisa cortante.

Un fondo verde, un círculo rojo, y tres estrellas plateadas en la esquina inferior.

Devolvió los prismáticos.

—Es el barco. Son ellos. Arriará el pabellón cuando estemos a un cuarto de milla.

—A ellos les toca enviar el primer bote, a menos que tengan que subir a bordo, y dar otra contraseña indicó Castels.

—Dieron las necesarias. La señal por telegrafía sin hilos, y el pabellón. Todo en orden.

—Están arriando tres botes, y ganaremos tiempo ya que no tienen por qué subir a bordo, bajando las redes al costado de estribor. ¡Frehel! Proa a Sur, y máquinas a retén. Vaya a meterles prisa a los de cala. Las redes están dispuestas, y que las arríen a estribor.

Garnet presenció la rápida faena. La grúa giratoria del «Mary Conrad» extraía la enorme red repleta de cajas, suspendiéndola, y bajándola lentamente.

Las tres lanchas que se acercaban tenían una forma plana en su centro, y eran tripuladas por tres hombres. Uno a proa,

maniobrando en la palanca del motor rápido, y otros dos que tendieron, los brazos en alto, cuando la lancha se colocó bajo la enorme red.

La parte central de la lancha primera quedó pronto llena de cajas, rápidamente manejadas.

La red remontó vacía, fláccida, y otra lancha vino a colocarse donde quedaba la estela anterior, que emproaba ya hacia el tres palos al pairo.

Algún que otro bandazo era evitado expertamente por las pértigas siempre oportunas.

Entre sí, los tripulantes del «Mary Conrad» y los contrabandistas de la
«Rum-Row»
no habían cambiado más que ondeos de mano.

Ni una sola palabra, salvo alguna exclamación francesa del piloto, ordenando una maniobra, las voces del qué desde cubierta hacía maniobrar al de la grúa, y las guturales palabras de los contrabandistas, entre sí.

Una rapidez pasmosa. Las tres lanchas, sé relevaron por diez veces, yendo y viniendo casi con el mismo tiempo de separación entre su llegada y retorno.

Castels, junto a Garnet, opinó:

—Nos han ahorrado tener que arriar mis botes, para ayudarles. Estos hombres son magníficos estibadores y pilotos. Media hora más, y habremos terminado.

Y media hora después, la última lancha sólo a medias cargada, se alejó del costado del «Mary Conrad», que había crecido al deslastrarse, y tener en sus calas, tan sólo el lastre de estiba.

—Bien, señor Garnet, ha sido una operación bien llevada. Le felicito. En los otros tres viajes que he realizado, eran más torpes los que recibían la mercancía. Ahora iremos a repostar combustible en Nassau. Le gustará la isla.

Había cordialidad en la voz del bórdeles, como si fuera Garnet el organizador de la habilidad ajena.

El tiempo apacible, con leve brisa, convertía en delicioso el impulso del cargo por aquel mar densamente azul.

Ya no era una sensación de soledad en el inmenso océano, lo que ambientaba la travesía y primer viaje de Garnet, sino la

impresión de ser un nauta familiarizado con la
«Rum-Row».

Veía a los cuatro puntos cardinales, barcos de muy diversa estructura, algunos voluminosos y quietos como cetáceos reposando, otros airosos en su rápida estela que dibujaban blanquecinos surcos en el azul.

El «Mary Conrad» rumbo a Nassau, era ya para Garnet un simpático bajel que le conduciría pronto a la meta triunfal.

Los tripulantes ya le sonreían, y el propio Castels le había invitado a comer en su compañía, y la de un legítimo champaña francés, para celebrar el feliz término del viaje.

Por esta misma razón, como cuando en día soleado, estalla repentinamente la tormenta, Raymond Garnet respingó, cuando a sus espaldas, una voz áspera le interpeló con agria entonación:

—¡Usted! ¡Venga conmigo y trate de explicarme qué demonios de misterio es ése! Están dando la señal, y usted mismo puede ver el pabellón verde con círculo rojo y las estrellas en aquella goleta.

CAPÍTULO VI

—No puede ser, no puede ser.

Esto era cuanto sabía decir Raymond Garnet, mirando alternativamente el papel donde el radiotelegrafista había anotado: «Cockum». Un punto a babor, goleta «Trix». «Wilburn», y la goleta apenas distante unos doscientos metros.

Tenía un espolón de proa muy afilado, bajo el que lucían en placa blanca las letras enormes de: «TRIX».

De ella, acababa de partir una lancha motora, muy rápida, ocupada por cuatro hombres.

Raymond Garnet estaba como encerrado en un muro infranqueable. A su derecha, Castels; a su izquierda, un grasoso hércules, y tras él, otros tres tripulantes, ceñudos.

Contra su estómago, la opresión del reborde de cubierta, a babor.

Y un silencio tan denso en amenaza y hostilidad, que le exasperó.

Mirando a Castels, gritó:

—Pero ¡qué demonios pasa! ¿Qué se figura usted? ¿Va usted a dejar subir a esos cuatro estafadores? Son gente que puede haber interceptado la llamada legítima.

—¡Guárdese sus argumentos para ellos!

—Se arrepentirá de lo que está diciéndome, capitán. ¿Por qué demonios asegura que éstos que vienen no son unos «high-jackers»?

—¡La línea de flotación!

Y señaló Castels hacia abajo, añadiendo:

—Un ciego vería que mi barco está ya descargado. Y los «high-jackers» no pierden su tiempo con barcos descargados.

Máquinas paradas, el «Mary Conrad» derivaba tan

imperceptiblemente, que parecía estar quieto. La bonanza permitió al piloto de la lancha motora maniobrar hasta mantener su estribor a tres metros escasos del cargo.

Irguiéndose, a popa un individuo desgarbado, extrañamente equipado, con altas botas, pantalón blanco bombacho, ancho cinto de cuero rojo, camisa abullonada azul, despechugado, y sólo a medias cubiertos los revueltos cabellos rubios por una boinilla, ahuecó las dos manos huesudas, gritando de un modo que le pareció a Garnet perfectamente estúpido:

—¡Ah del barco! ¡Skipper Erskin pide autorización para subir solo!

Laurent Castels gritó, inclinado sobre la borda:

—¡Capitán Castels! ¡Bienvenido, piloto Erskin!

Como si esto fuera suficiente para decidirles, los dos marineros que a un lado sostenían un rollo de barrotes y cabos, lo lanzaron.

Se desenrolló la escalera hasta sumergirse en el agua, y aferrándose a ella, el «skipper» Stuart Erskin ascendió con la fácil agilidad de un simio larguirucho.

En la lacha motora, los otros tres se acomodaron, como dispuestos a esperar. El del medio volante, hizo describir lentos círculos a la embarcación.

Stuart Erskin visto más de cerca, daba físicamente la impresión de un flexible alambre, todo fibra. Su rostro triangular, ancho de sien a sien, agudísimo en el mal afeitado mentón, tenía serpentinos reflejos en los metálicos ojos grises.

Estrechó la mano que le tendía Castels, y ambos permanecieron un instante como estudiándose. Dijo, por fin, Castels en un inglés grotesco:

—Al amanecer, este hombre nos dijo haber reconocido a los que debían recoger la carga. Me dijo que el pabellón era el legítimo. Sólo él conocía el pabellón, y dió por buenas las dos palabras «Cockum» y «Wilburn»…

Raymond Garnet que miraba con indignación a Castels, sintió de pronto un choque doloroso en su estómago, y un crujido en sus dientes.

Velados y turbios los ojos, comprendió que Stuart Erskin era el que acababa de propinarle dos puñetazos rápidos y alevosos.

El primer golpe le dobló hacia delante, y el segundo le hizo

saltar hacia atrás. Chocó contra el reborde y cayó al mar.

Oyó silbar balazos, cuando en realidad eran sus oídos los que silbaban. El agua se hendió a su inmersión, y braceó desesperadamente.

No tenía consciencia neta de su situación, y siguió manoteando al percibir que algo le asía por los cabellos…

Perdido el sentido, acre y salobre la boca, y respirando dolorosamente recobró parte de su sentido, al estornudar violentamente, y tuvo que llevarse las dos manos a la parte inferior del rostro, porque el estornudo parecía haberle arrancado jirones de carne.

Tenía los labios hinchados, y con delicadeza introdujo un dedo entre ellos. Comprobó que tenía dos dientes rotos, y volvió a aletargarse.

A su espalda tenía un tabique metálico, y la chorreante madera en que estaba medio tirado, le daba repentinos escalofríos. Le habían quitado la americana y el jersey.

Los bolsillos del pantalón los tenía vueltos de forro hacia afuera. Lo habían registrado, y reconstruyendo las incomprensibles sensaciones que experimentó sin analizarlas, adivinó lo que había ocurrido.

Al caer al agua, los de la lancha, le habían extraído sin dificultad.

Y mientras permaneció sin sentido le habían vaciado los bolsillos, para luego encerrarlo… ¿dónde? Aquel estrecho compartimiento obscuro, hermético, se movía. Estaba, pues, a bordó de uno de los dos barcos.

Crispó los puños pensando en el rubio Erskin, y fué incorporándose penosamente, apoyando la espalda en el tabique. Su cabeza chocó contra una arista.

Era un compartimiento cóncavo, seguramente en el sollado. ¿A dónde le llevaban? ¿Qué confabulación se maquinaba contra él?

De pronto, un chorro de aire y sol le inundó. Acababan de abrir sobre su cabeza una compuerta, que formó un cuadro deslumbrante de azul.

Vió unas botas altas de piel amarillenta, un bombacho blanco… Se veló el cielo, al inclinar el busto Stuart Erskin.

Tenía una boca delgada, de dientes largos.

—Arriba, Garnet. Vas a desembuchar y pronto, te lo juro.

Desapareció el busto, y se retiraron las punteras amarillas. Raymond Garnet, izándose, apoyó las dos manos en cubierta, y miró en rededor. Ya no estaba en el «Mary Conrad».

La goleta a motor «Trix» parecía una lámina de libro dedicado a narrar pintorescos viajes por los mares del XIX.

Raymond Garnet se encaramó trabajosamente. Cuando logró permanecer en pie, se reclinó contra la borda, siguiendo la escora de la goleta, bandeando a estribor.

Se pasó las manos por la cara, físicamente debilitado.

—Acompañadle a mi cabina. Tú, Stein, tráele comida y bebida al señor. ¡Hale, pronto, todos!

Asido de cada lado por un codo. Garnet se dejó transportar, arrastrando los pies, hasta que quedó sentado en el interior de una cabina salón, donde ingeniosamente se distribuían en un mínimo espacio, los máximos y utilitarios muebles.

En la mesita, delante de él, vió un tazón de vino tinto, donde se bañaban trocitos de plátano, naranja, manzana y melón.

Una copa alta transparentaba un líquido ambarino.

—Come y bebe, Garnet. Después desembucharás.

No quería mirar hacia su anfitrión, sentado al otro lado de la mesa, frente a él.

Se limitó a barrer de un manotazo la copa y el tazón.

—Va a ser peor, si te pones valiente. Hazme caso, y con sensatez cabe un arreglo. Me ha dicho Castels, que el tres palos donde tus cómplices cargaron el licor, era un «Jamaica Kidd». No existe el «Jamaica Kidd», y fue un camuflaje de tus cómplices. O sea, que basta que me digas quiénes son ellos, y podrás ir a esconderte lejos de Biff, Ned y Johnny.

Raymond Garnet temblaba de indignación.

—Hice lo que me tocaba hacer. Hice lo que lealmente tenía que hacer. No puedo acusar a nadie, porque no tengo pruebas. Pero ¿es que Castels no pudo dar la señal a los del «Jamaica Kidd»?

—Vete inventando argucias, pero de nada te sirven. Las dos contraseñas sólo las sabías tú.

—Y tú también —replicó Garnet, adelantando agresivo la hinchada barbilla.

La diestra abierta de Erskin, que se dirigía hacia el contralto

semblante de Garnet, permaneció en el aire, a escasos centímetros del que convulso, gritó:

—¡Tócame, y tendrás que matarme, cochino cobarde!

La huesuda diestra inmóvil, se abrió y cerró repetidamente. Y Stuart Erskin fué retrocediendo busto y mano, lentamente. Se acarició la barbilla aguda, y la palma produjo contra el pelo, rumor de papel de lija.

Sus ojos miraban perplejos a Garnet.

—¡Eso digo yo! ¿Qué queréis? ¿Un cordero que pague y sea degollado? ¡Bueno, a ello! Pero es indecente acusarme así, de este modo tan cochino. ¿Es que Castels es un angelito? ¿Tú mismo no estás buscándote ahora…?

—Cierra la boca. ¿Cuántos viajes llevas hechos?

—Con éste, va uno. El primero y el último. Mira, acabemos ya. Empieza a pegar, pero esta vez no me coges de sorpresa. Trataré de devolverte los que pueda, salvaje cochino… ¡Anda, pega!

Stuart Erskin seguía acariciándose el mentón, y dijo:

—No acabo de verte bien. Tienes cara de granuja y reaccionas de bebé pidiendo biberón. Castels tenía razón en una cosa. ¿Por qué fuiste tan imbécil de no procurar darte la escampada apenas descargado el licor? Debías saber que yo estaba esperando, y que te pillaríamos. Tenías un revólver… Te hubieras podido zambullir, cuando estaban los otros llevándose mi licor. ¿Cuándo te pagaron los otros, y qué cuento te metieron que fuiste tan cándido como para esperar al «Trix»? No, no acabo de verle, galán. Escucha, muchacho, hay todavía medios de arreglar el estropicio. Díme, quién te engatusó, y algo recuperaré. Me basta con el nombre del que camufló sus tres palos.

—¡Ojalá lo supiera!

Stuart Erskin se levantó, y la cabina pareció prodigiosamente pequeña. Se dirigió a un armario empotrado sobre un lavabo, y abrió la puertecilla.

Regresó con un paquetito blanco, donde restallaba una cruz roja, un frasquito, y una cajita.

—Acerca la jeta, Garnet. Te sangra la boca.

Raymond Garnet iba a ensartar una retahíla de insultos, y se quedó confuso, porque adelantando el rostro, no experimentaba rencor hacia aquel grandullón.

Stuart Erskin sabía reparar magulladuras. No tenía nada de delicada su mano, pero Garnet se reprochó el haber dicho «gracias» cuando disminuyó el escozor, y un parche cubría la parte izquierda de su boca.

—El que iba a recoger la carga, está esperando con Biff, Ned y Johnny. En algún sitio de Long lsland, y me tocaba a mí esquivar el bloqueo. Vamos allá, ¿sabes? Y no creo que los vayas a convencer. Biff, Ned y Johnny son los que reparten en camión, y se juegan la piel como yo, en cada viaje. Te van a poner como una criba, ¿te das cuenta?

—¿Y a mí qué? Ya todo me da igual. ¿Y quieres saber quién te robó el licor, no? ¡Conmigo nada sacarás, ni en Long Island tampoco! ¡Es allá, en París, donde está la trampa! ¡Dios, y que no me diera cuenta hasta ahora! Parece imposible llegar a ser tan imbécil, tan poquita cosa…

Pasado el arrebato, Raymond Garnet reclinó la cabeza sobre sus dos manos. Mordía con salvajismo, para ahogar el sollozo que arañaba su garganta.

Stuart Erskin, sin saberlo, dijo lo preciso:

—Llámame si quieres explicarte. Volverán a traerte algo para reponerte. De nada sirve angustiarse como un crío. Si te han jugado una mala faena, desahógate pegando. Estaré contigo, por la cuenta que me tiene. Ya sabes… Llámame si quieres explicarte, muchacho.

Garnet no contestó, continuando con la cara oculta. Iba evocando con minuciosa cronología, la noche en que cerró el trato con Paula Nicholls, y los tres americanos.

Una voz gruñona comentó, mientras algo tintineaba sobre la mesa:

—Tienes suerte, porque hasta ahora ensuciarle el suelo al «skipper», era jugarse el bigote. Llena el buche, y verás cómo se te despeja la calabaza.

Bebió, ansiosamente, el vino sabroso en su maceración de frutas. No podía masticar y ya no le parecía una cobardía el no guardar rencor a Stuart Erskin, el «skipper» de la Avenida del Ron.

Sólo cabía un sentimiento en su alma: un inmenso odio hacia Paula Nicholls.

CAPÍTULO VII

Por las lucarnas abiertas veía el horizonte, donde a instantes pasaba una masa lejana: un barco inmovilizado. Alguno de los «*dancings* flotantes», donde el alcohol era consumido legalmente, porque la costa distaba más de catorce millas.

Raymond Garnet se puso en pie. Tenía algo de mareo, pero no se debía al raudo navegar de la goleta «Trix». La tibieza del vino y el áspero coñac, le daban la neta impresión de que poseía ahora toda la experiencia humana, de la que antes carecía.

Tenía que ser sarcástico, reír, y saber afrontar con gallardía la última pirueta que su destino imprimía al pelele que era.

Se asomó, y no tuvo necesidad de llamar. Stuart Erskin vino andando con balanceo de brazos, sobre la inclinada banda.

Raymond Garnet, de nuevo sentado, dijo:

—No sé por qué he decidido explicarte la clase de fantoche que soy. A ti lo que te interesa es saber dónde ha ido a parar el licor. No tengo ni idea, pero tú me escuchas y sacas deducciones, puede que llegues a averiguarlo.

Stuart Erskin se rascaba el vello rojizo que asociaba por su abierta camisa azul de franela.

Sus claros ojos miraban con indiferencia, fijamente, al que hablaba tartajosamente, con la mirada puesta en un punto indefinido, lejano, por encima de la cabeza del piloto de la «Trix».

—He hecho varios oficios, desde que terminó la guerra, y siempre acusé a la suerte y a los demás de mis fracasos. Me las daba de tunante, ¿comprendes? Y apenas ganaba cuatro cuartos, parecía como si tuviera afán de demostrar a los demás, que yo sabía ganar dinero. Mi último oficio era corredor de vinos.

Emitió Garnet una risita de beodo amargado, para quien el vino

ingerido se convierte en vinagre.

—¿Te gustan las mujeres, Erskin?

—¿Y a quién no? El que creó el mundo, eso quería, ¿no es así? O si no, nos habría hecho a todos hombres.

—¿Estás casado?

—Sí, estoy casado, y tengo una colección de críos.

—No lo tomes a mal, pero ¿si tienes familia, cómo te metes en estos malos pasos?

—Tienes cada cosa que desloma. ¿Tú sabes lo que son seis bocas sin contar la mía, pidiendo carne? Esta goleta es mía, y si me pasan licor, yo me las compongo para pasarlo.

—Me gustas, «skipper».

—Mira, cuando duermas la mona, volveré.

—No, no… Ahora es el momento. Estoy en uvas, sí, pero así tendré valor para hablar. Te decía que Paula sabía lo que me sucedía. Lo que son las cosas… Si hubiera sido morena y del género que quema, tal vez hubiera desconfiado, pero es rubia, fina como una seda, y muy señora. Nació en Boston.

—Hay de todo por Boston. Yo nací en Albany, y también las había rubias y señoras. Fui a casarme con una morena rolliza, isleña de las Bahamas, y me ha dado un resultado superior. Algunas veces se lo digo: «Eres el mejor negocio de mi vida, Jenny».

—Si te hubieras casado con Paula, no dirías eso, puedo jurártelo. Me embaucó.

—Eso no demuestra que ella sea lista, sino que tú eres un pobre diablo.

—¡Te sobra la razón, «skipper»! Vamos a la historia.

Stuart Erskin miró al que asomaba la cara.

—¿Qué hay, Stein?

—Un aduanero nos ronda, «skipper».

—Déjale, ¡qué caray! Por una vez que no llevo nada, que se gasten la hélice. Avísame tan sólo si quieren registrar.

Stein desapareció. Garnet prosiguió su relato.

—¿Qué te pasa, ahora, mi vida? —inquirió poco después Erskin.

La pregunta iba dirigida a Stein, que acababa de asomarse.

—Piden registrar.

—Recíbelos tú, y hazles los honores. Yo estoy ocupado.

Cuando Garnet terminó su relato, preguntó, Erskin:

—¿No te has dado cuenta?
—¿De qué?
—Los aduaneros.
—¿Y qué? Si no llevas licor, hasta puedes reírte de ellos. Déjame terminar…
—Pero ¿es posible que seas tan ingenuo? Pues, sí, lo eres. Dentro de diez minutos, los tenemos a bordo. ¿Dónde crees que te llevo? ¿A Coney Island?
—Me importa un rábano. ¡Eh, un momento! Ya comprendo… Si les voy a los aduaneros, y me arrastro gimiendo, me sacan de aquí. ¿Y qué?
—Verás cómo piensas de otro modo, cuando ellos asomen aquí. No te puedo meter en ningún sollado, porque igual te encontrarían, ni puedo dejarse seco.
—A mí me da igual. Porque sé que cuando tarde o temprano os enteréis de quién, es la tramposa, se le acabará la falsedad a Paula. Como te decía, ella me tranquilizó. Y como yo apenas tengo un par de billetes, me convierto en un animal incapaz de pensar, todo lo vi de color de rosa. Yo mismo ofrecí no guardar el papel en que estaban escritas las contraseñas, y quemarlo. Lo repetí en voz alta; ¿te das cuenta? Leí en voz alta lo que contenía, o sea, que Paula, en cuya casa estábamos, lo oyó… ¿Tanto le costaba decírselo a Castels, o a otro, al del «Jamaica Kidd»? Cobraba por ambos bandos. De Biff, por comisión, y del otro, por la venta de un género que había pagado Biff. Todo ganancia. ¿Y quién iba a ser el responsable? Yo, que soy muy listo.
Raymond Garnet rió torcidos los labios, y encontrando placer en experimentar dolor en la brecha del puñetazo.
—Piénsalo bien, Garnet. Si se van los aduaneros, sin que te valgas de la ocasión, no me enternecerás. Yo no soy un bandido generoso. He perdido mi comisión en este negocio, y dos semanas de tiempo, comprometido con los cuatro. Ya estamos al pairo. Voy a verles.
—Me gustaría ir contigo.
—Haz un cálculo. Si les dices lo que te ocurre, contra mí no pueden nada. Yo no llevo licor, y todos los míos jurarán que te pescamos tal como estás, del agua. Ahora que, si sabes explicarte, te llevarán con ellos.

Stuart Erskin abandonó la cabina. Raymond Garnet permaneció sentado. Era estúpido quedarse allí, como un cordero hacia la degollina.

Corrió hacia el centro, donde dos hombres uniformados acababan de detenerse. A un cuarto de milla, había un barco gris, que le pareció un destructor de guerra.

Oyó a uno de los oficiales, decir:

—… cuervo de noche, pero ha habido alguno que precisamente durante el día, creyó engañarnos, y casi lo logró. No le hemos atrapado nunca, Erskin, y ustedes los contrabandistas tienen un exceso de confianza en su buena estrella.

—Ya se lo he explicado, jefe. Puedo cargar semillas en Long Island, y a eso voy. No llevo más carga que el lastre, como pueden, comprobar sus hombres.

El oficial señaló las compuertas de la bodega, y varios tripulantes se abalanzaron, presurosos, a descorrer los vástagos de sujeción.

Había contenido regocijo en varios semblantes. El oficial y su ayudante, echaron una ojeada a la abierta cala.

Vieron los sacos de arena, perfectamente estibados.

—El pelotón de registro que haga una comprobación a fondo, mientras yo examino los libros.

El oficial se encaminó hacia la cabina central. Iban apareciendo en cubierta aduaneros, repartiéndose por la goleta.

Entraron en la cabina, el oficial y Erskin. Permaneció en cubierta Garnet.

Transcurrían los minutos con larga intensidad. Los aduaneros pasaban, algunos repicando con un martillo el reborde, y escuchando el sonido hueco. Otros, tanteando bajo los cordajes enrollados, las lonas, y dentro de los tres botes de salvamento.

Raymond Garnet iba despejándose, al aire libre. Llegaría indemne en compañía de los aduaneros, ¿y después? La policía en París, Biff, Ned y Johnny, en cualquier sitio…

Se encogió de hombros, y cuando salieron el oficial y Erskin; se volvió de espaldas, fatalista.

Vió a Erskin ondear la mano hacia las dos canoas motor, que se alejaban velozmente.

Regresó a la cabina.

Poco después, Erskin se sentaba frente a él.

—Estábamos cuando decías que tú ibas a ser el que pagara la faena de otros. ¿Crees que me has enternecido al quedarte callado con los aduaneros a bordo?

—Si supieras lo muy poco que me importa enternecer ya a nadie.

—A Biff, no le enternece ni su propia madre, pero todavía es peor Johnny. Trata de convencerles a ellos. Yo si fuera el que hubiese empleado su dinero en la carga perdida, casi estaría dispuesto a creerte, pero eso no me devolvería el dinero. Figúrate, pues ellos, que por medio dólar matarían a una anciana paralítica. Hiciste mal en no aprovechar la visita de los aduaneros. Ya no habrá otra, porque mientras sigan avistando a mi goleta, no perderán el tiempo en un segundo registro.

—¿Falta mucho para llegar?

—A tierra, en mi ancladero, escasamente media hora. Unas cuatro más para que avisados por Stein, vengan a vernos, ellos. Y apenas eche el ancla, volverás al sollado del cepo, muchacho.

—Te debo parecer muy estúpido, y ya ves lo que son las cosas. Es la primera vez que me creo un hombre inteligente.

—… Tal vez eres muy hombre, pero se pasa pronto el arrechucho, y lo comprenderás cuando Biff te coloque bajo la nariz un «treinta y dos». Yo no me opondré, porqué no es mi asunto, a que intenten sacarte el nombre del que se llevó la partida. Ésta es la situación, muchacho. Has querido demostrar quedándote, que eres muy hombre… Un gesto macho, sí…, pero no inteligente. Yo en tu pellejo, y ya ves, me las doy de entero, me hubiera asido berreando al faldón del oficial.

—¿De veras? No. No lo hubieras hecho por hombre y por inteligente. Ellos me hubieran llevado a tierra, yo hubiera delatado todo el asunto, ¿y qué? Esconderme después, esperando en cualquier esquina el pistoletazo tuyo, de Biff, de Ned… de la pandilla. He ido a la deriva hasta ahora, y cuando más va acercándose el momento de verme con ellos, más confianza tengo en que podré morir, pero en su día, ella caerá. Me basta. Y ya estoy harto. Andando, «skipper». Al sollado del cepo. ¿Te das cuenta? No me metes tú en el cepo, sino yo voy al cepo. Hay un ligero matiz de diferencia.

—Como quieras, muchacho. Puede que tengas razón. Te cribarán, pero ella pagará también. Algo es algo, ¿no?

Abierta la compuerta que daba vertical acceso al pequeño pozo, añadió Erskin, a modo de despedida:

—Nunca he sido un cándido como tú, pero creo que en un caso así, hubiera demostrado mucho menos valor del que estás echando al asunto, Ray. No podré hacer nada a tu favor, pero cuantos estamos a bordo, al recordarte, pensaremos: «Podía ser un tramposo, pero cuando pudo pedir socorro, se ajustó los calzones, y aguantó el tipo». Y no son muchos los que se hubieran portado como acabas de hacerlo, Ray Garnet.

—Algo es algo, ¿no? —sonrió Garnet, antes de saltar.

Cerró las compuertas Erskin.

Al gobernalle, Stein oteaba la sinuosa línea costera de Long lsland. La sabía reconocer en noches cerradas, y casi consideraba ofensivo emplear la luz solar para comportarse como un vulgar mercante.

A su lado, Erskin fue diciendo:

—Anclaremos en Fire Island, a sotavento de Nasa Cangrejos. Iré al Hampton a buscar semillas de tártago, y como ya te lo sabes de memoria, no te lo repetiré. A bordo no sube nadie, salvo los oficiales. Si lo hacen, saca al aire al muchacho. No regresaré hasta la madrugada, Stein. Quedas patrón. ¿Y estás cierto de lo que me has jurado?

Lorentz Stein, segundo de a bordo, dijo:

—Este valiente, fué el que me salvó la vida el año dieciocho. Es todo un hombre, «skipper».

—Sí, pero Biff, Ned y Johnny, no pensarán como tú y yo.

CAPÍTULO VIII

Le incomodaba la ropa ciudadana a Stuart Erskin. La chaqueta le apretaba las sisas, y consideraba un absurdo más de las absurdas leyes ciudadanas, llevar un trozo de tela colgando de un nudo, que impedía respirar a sus anchas.

Pero en tierra neoyorquina, había que aplicar el «donde estuvieres haz lo que vieres». Bajó del autocar de línea que comunicaba entre sí las dos costas largas de Long Island.

La ribereña al Norte era sede de muchos magnates navieros, y poseía una punta como aquélla de Montawak, de violento colorido, salvaje aspereza, escasa de comunicaciones, donde un faro señalaba el peligro a los navegantes.

Tenía aisladas mansiones, y un poblado de pescadores. El único negocio de Montawak era la recogida y envío a la capital, de los sabrosos «clam», de blandas conchas, que cocidas al vapor con mantequilla, eran manjar delicioso.

Stuart Erskin se quitó el sombrero de ala estrecha, al entrar en la casa. Acababa de abrirle la puerta una muchacha cuya cara redonda, tenía la expresión abobada de quien acaba de despertarse bruscamente de un profundo sueño.

Cubría sus hombros con un chal, y los pies desnudos arrastraban unas zapatillas raídas.

—Tú eres Betsy, hija de William y Maryan, y aquí es donde han de reunirse los que William conoce —dijo Erskin, avanzando.

—Mis padres duermen, y los otros señores no han llegado aun, pero si es necesario despertaré a mí padre William.

La Ley Seca había mejorado considerablemente la posición económica de familias pescadoras de «clams», que siendo discretas, habían aceptado que sus casas fueran lugar de reunión de los

contrabandistas.

Atravesado el corredor, aparecía una hermosa sala a la antigua, con fuego de leños bajo gran campana, bancos de madera, mesa descomunal, y paredes cubiertas con estantes donde se alineaban junto a las vajillas de bronce rojizo y bruñido, conchas, instrumentos de pesca y estampas marineras.

En aquella sala, cocina, comedor, y donde salvo dormir, transcurría el diario vivir de los pescadores, Betsy apartó de la rejilla cercana al fuego, la jarra conteniendo el tibio jengibre con melaza y canela.

Escanció en el tazón de dos asas, y fue a sentarse de nuevo en su mecedora, balanceándose monótonamente.

Ella tenía que ir a abrir la puerta a cuatro señores que podían presentarse por separado, juntos o en parejas, pero llamando de idéntica forma: un golpe seco, un repique de tres, y tras una larga pausa, repetir la misma llamada, hasta, que abrieran.

Todo era natural para aquellos pescadores, descendientes de los que antaño, protegieron o lucharon contra los piratas del Connecticut, según lo decidiera el patriarca de Montawak.

Hoy no había patriarca, y el alcalde residía en Hampton Road, pero la vida familiar seguía ateniéndose a la rigidez puritana de costumbres, considerándose netamente honesto cobrar una cantidad decente para ayudar a los que resucitaban los viejos tiempos heroicos de la marinería contrabandista.

Si antaño fue el té la mercancía que beneficiaba, ahora era el alcohol. Y los pescadores consideraban que eran dos artículos de primera necesidad, sin los cuáles un honrado sujeto no podía rendir un trabajo normal.

Stuart Erskin miraba el cabrilleo de las llamas, mientras saboreaba con fruición la bebida reconfortante. Caminar a la medianoche por los vericuetos del Montawak, atería los miembros de un hombre como él, acostumbrado ya al tropical clima de la Bahamas.

Pensó en Jenny, y sonrió beatífico. La veía tendida en la gran cama, y revueltas a su alrededor las cinco mocosas. Vicky tenía siempre la manía de apoyar su cabeza en los muslos maternos, mientras que Maggy quería espacio, y extendía sus bracitos para que ninguna de sus hermanas se la arrimase.

Era hermoso volver a casa, a cualquier hora, y contemplar si era de noche, aquel espectáculo. Eso era lo que le hacía falta a aquel muchacho suicida, al que iban a cribar Biff, Ned y Johnny.

De ser así, aquel muchacho, no hubiera desaprovechado la ocasión de los aduaneros. Pero era lógico que ya no luchase, después de una desilusión, y no teniendo calor de hogar.

Betsy se levantó, y fué a abrir…

Cerró para dirigirse con anticipado deleite a su cama del primer piso. No debía escuchar conversaciones ajenas, sobre todo como la de aquella noche, en que el «skipper» de las Bahamas, cerraba el trato con tres «señoritos» capitalinos.

—¿Qué tal, «skipper»? Yo soy Biff, el rubio es Ned, y el moreno Johnny.

Los tres se instalaron. Ned y Johnny alejados de la mesa, uno a cada esquina de la pared cuyo centro se ahuecaba para el lar, y Biff al otro lado de la mesa frente a Erskin.

No se habían dado la mano.

—Nos avisó desde Fire Island el chico, tal como convinimos, pero estamos bastante molestos, «skipper». Parece que no ha salido bien el asunto. El chico avistó la goleta con luz de tarde. He estado recomendando paciencia a Ned y Johnny. Mucha paciencia, hasta ver claro.

—Mi parte en el negocio, es la siguiente: entregar el licor, y cobrar de Cockum, que fué el que me apalabró la goleta. Debíamos reunimos aquí nosotros cuatro, y aquí estamos reunidos.

—¿Dónde dejó el alijo, «skipper»?

—No hay licor.

Biff miró a sus dos compañeros. Mostraban aspecto de nombres fastidiados. Johnny mordisqueaba un palillo, y Ned levantándose, vino a apoyar las manos en la mesa, junto a Biff. Adelantó el busto.

—No me gusta eso, amigo; no nos gusta eso.

—No hay licor —repitió, ceñudamente, Erskin.

—¡Ya lo hemos oído! —estalló, desde su rincón, Johnny—. Pero usted ha de explicarse.

—Biff recomienda paciencia, y hemos de tenerla. Hemos de poner bien en claro, quiénes somos. Yo, amo de mi goleta, soy apalabrado por Cockum, que me contrata por quince días, y me indica que deberé esperar el paso del «Mary Conrad» en

determinada singladura. Izaré pabellón, cuando den por recibido en el «Mary Conrad» las señales de mi telegrafía. A un cuarto de milla, al pairo. Recogeré el licor, y aquí, lo traeré. Después, iré a cobrarle lo debido a Cockum. Si no traigo el licor, ¿a quién debo dar las cuentas? A Cockum. A ustedes, sólo debo darles el licor.

—Tiene razón el «skipper» —asintió Biff—. Cockum le tiene plena fe al «skipper». No somos nosotros los que apalabramos al «skipper», sino Cockum. Nosotros sólo debíamos comprar seguro en París, y esperar aquí para el reparto. Es Cockum quien ha de decidir. Usted, «skipper», debió quedar con él para entrevistarse a hora convenida.

—Quedé con él, que tras entrevistarme aquí con ustedes, pasara a verle fuese la hora que fuese, en su casa. Me dijo que fuera a solas. No está lejos, su casa, y allá voy a ir.

—Un momento, amigo —atajó Ned—. Ésta no es su goleta. Aquí ha habido un puerco traidor, y hay que saber dónde ha ido a parar el licor que era nuestro. Se lo toma con demasiada cachaza, amigo.

—De nada sirve enojarse, creo yo. Las explicaciones que me dió el capitán del «Mary Conrad», las oirá Cockum.

—¡Pero había un pillo condenado a bordo del «Mary Conrad»! —gritó Johnny, tirando atrás de un taconazo su escabel.

—Johnny, Johnny —recriminó, dulcemente, Biff—. Modera tu genio y el «skipper» sabrá comprender que los tres estamos muy enfadados. Pero no debes gritar.

—Sí, será mejor que no gritemos, porque cuando en el corral se pierde el huevo, sólo las gallinas cacarean. El gallo busca el huevo —dijo, calmosamente, Erskin.

—Yo le pido una prueba de confianza, «skipper». Le acompañaremos hasta el umbral de Cockum, y Cockum decidirá si asistimos o no, a las explicaciones.

—Esto sí que es hablar en forma —aprobó Erskin, levantándose —. Vamos allá. Si Cockum lo quiere, yo doy todas las explicaciones ante quien sea, menos los aduaneros.

Abrió la puerta Johnny, y pasaron primeros Biff y Ned. El último en salir fué Erskin.

Por el mismo orden, emprendieron la caminata abandonando el empedrado callejero donde se agrupaban las nueve casas de las que era la mayor, la de William Fordson.

Crujió bajo las suelas de los cuatro, la gravilla del sendero del altozano. El mar emitía su rumorosa queja, en su bate con las rocas.

El sendero se remontaba, para después, de serpentear por alineadas filas de pinos, ir declinando hacia una gran avenida bordeando los muelles de hangares donde se apiñaban las conserverías y mimbrerías de empaquetado del «clam».

Al extremo de la avenida, empezaban las alamedas trazadas en geométrica cuadrícula, con las mansiones de los navieros y comerciantes pesqueros.

A la hora primera de la madrugada, sólo se veían en el mar las bailoteantes lucecitas de las parejas pesqueras, y las luces de posición de los barcos aduaneros.

En tierra todo era quietud, y los guardianes costeros no acechaban por las alamedas posibles contrabandistas. Era su misión la de evitar el desembarco de alijos, aunque la ribera Norte era inviolable, desde que las flotillas pesqueras eran sometidas a riguroso control a su arribada.

La casa de Wilburn Cockum era como las de los conserveros, enriquecidos. Nueva, y sin tradición, en el sector modernizado. No tenía jardines, y su porche imitaba el estilo Victoriano, con un exceso de capiteles ornamentados.

A la pulsación del timbre, casi de inmediato se abrió la puerta. Un Hombre alto, calvo, ceñida al cuello una bufanda de seda, apretado al torso el chaquetón de lana, murmuró:

—Buenas noches, «skipper» Erskin. Estoy esperándole desde que el capitán Castels me envió su extraña comunicación. ¿Quién… quiénes están ahí?

—Biff, Ned y Johnny. Quieren saber lo que pasó, señor Cockum, pero yo les dije que era usted a quien debo dar cuentas.

—Pronto, entren, entren todos. Recibo visitas de noche, para mis asuntos de costumbre, pero, pasen pronto.

Hablaba Cockum con incoherencia nerviosa. La sala en que entró Erskin le pareció muy distinta a la acogedora de los Fordson.

Un mobiliario presuntuoso, con sillones de cuero, en que uno se hundía blandamente, y la fea silueta de los radiadores…

—Tomen asiento todos, y allí tienen bebida y cigarros. Esto es muy desagradable, Erskin. Cuando me avine a invertir dinero en este tráfico, lo hice a mi cuenta y riesgo, pero confiaba plenamente

en ustedes cuatro. No sé por qué tenía que intervenir otro, un desconocido, un pillastre parisino.

—Ya se lo expliqué, Cockum —intervino Biff—. A bordo, no podíamos ir ninguno de nosotros tres, porque en seguida hubieran dado el soplo al enterarse del barco que transportaba. Era el mejor modo de no dejar pistas, y todo tenía que salir bien. No podíamos indicar las señas al capitán Castels, porque sin nadie a bordo que nos representara, ellos hubieran podido quedarse con la mercancía, inventando un asalto, o sabe el infierno qué trampa. Ya estaba usted de acuerdo, en que las ganancias son muchas, pero el riesgo lo era grande. Todo estaba bien, salvo el fallo de ese pillastre parisino, como dice usted. ¿Qué le comunicó el capitán Castels?

—Que haría sus averiguaciones sobre el tres palos que recogió indebidamente la mercancía. Nada más. De ahí mi inquietud, aunque confío en que sabrán ustedes recuperar… No sé, francamente, no sé. He invertido en este desdichado tráfico, ciento setenta y seis mil dólares, incluidos viajes, compras, flete, etcétera.

—Triplicando seguro, si echamos manos del licor, señor Cockum —dijo Erskin.

—¡Garnet, condenado sea, ha de cantar! Nos dirá quiénes son los que recogieron el alijo. ¿O se lo dijo ya, «skipper»?

—No, Biff. No me lo dijo. Le interrogué. No le he sacado nada en limpio.

—¡Él es quien ha de cantar, y pronto! ¿No le dejaría usted escapar, «skipper»?

—Lo intentó, pero lo tengo a buen recaudo en mi goleta.

—¿A qué esperamos, señor Cockum? ¿A qué esperamos? —apremió Ned—. Nosotros, un rato a solas con el muchacho, y verá cómo damos pronto con todo.

—Debemos encontrar la carga —intervino Erskin—. Va en ello un prestigio necesario. Somos muchos los que no disponemos de capital para comprar, como Biff, Ned, Johnny, y yo. Si hay señores como usted, Cockum, que se avienen a arriesgar su dinero, es nuestra obligación demostrar que pueden confiar en nosotros puesto que si se benefician nos beneficiamos. Mi parte representa mucho para mí.

—Usted trabajó y será pagado —afirmó Cockum.

—No, hasta no recuperar el licor. Estoy de acuerdo en que,

cuanto antes, estos amigos interroguen como quieran a Garnet.

—Voy a vestirme, y ya sabe dónde está el garaje, Biff. Vayan a esperarme en el coche, sacándolo. Sí, hay que ir pronto… Eso es. Es mucho dinero tontamente perdido, y no va a ser un pillastre parisino el que engañe a hombres como nosotros.

El torpedo «Studebaker» de siete plazas, se inmovilizó ante la puerta, conducido por Ned. A su lado, se sentaba Johnny.

Atrás en el plegable, Biff reclinado contra la portezuela, de perfil. Con las rodillas tocando el respaldo del plegable, Stuart Erskin, comentó:

—No me gustan estos artefactos, porque son poco seguros.

—Conduciendo Ned, no hay peligro. Ha llevado camiones por sendas donde no caminaría un mulo. Es lo nuestro. ¡Y pensar que un memo tunante pensó que podría burlarse de nosotros, como dice Cockum! ¡Es para matarlo! Casi habría sido lógico que usted, exasperado, lo matase a puntapiés, «skipper». Debía contestar con sandeces, el muy condenado…

—Ya le oirán.

Entraba Cockum, sentándose pesadamente. Ned embragó, y el coche, a gran velocidad, tomó la carretera de Hampton Junction, para detenerse media hora después, en el embarcadero de la rada de Punta Cangrejos, donde esperaba una lancha de la «Trix».

CAPÍTULO IX

Raymond Garnet dormía acurrucado en la obscura concavidad, pero se despertó sobresaltado al oír el terraje descorrerse. Quitado el vástago, alguien levantó la compuerta.

Lucían las estrellas con fría nitidez, y Garnet tembló mientras se encaramaba. Había llegado el instante decisivo.

Recordaba una frase de su niñez, cuando le reprochaban haber llorado ante los elefantes de un circo ambulante:

«No he llorado de miedo, sino porque tenía miedo de tener miedo».

Entonces no comprendió por qué su sensata explicación, había suscitado tantas risas.

Le estaba ocurriendo veinte años después, lo mismo. Tenía miedo a morir cobardemente. Me reconfortó al reconocer, a Stuart Erskin…

—Hola, muchacho. Ha llegado la hora. Están en la cabina los cuatro.

—¿Cuatro?

—Wilburn Cockum, el que capitalizaba, y los camioneros que ya conoces.

—Hace frío, y por eso tiemblo, «skipper». Pero ellos van a creerse otra cosa.

En la cabina, advirtió Cockum:

—Sin violencias innecesarias, Biff. Déjenle hablar. Y ya han oído a Erskin. No quiere un muerto en su goleta, ni quiero yo que maten estando delante. Por la persuasión, y con promesa de…

Entraba Erskin, que anunció:

—Éste es nuestro hombre, señor Cockum. Se llama Ray Garnet.

Raymond Garnet miró a Biff, Ned y Johnny. Después se adosó,

junto al lavabo, brazos cruzados.

—Bien, Garnet. Ya sabe que no debió, engañarnos, pero yo soy ante todo un hombre de negocios. He colocado en la balanza dos pesos: lo que nos costará recuperar la carga, y lo que ahorramos si usted se aviene a hablar. Me ha dicho Biff que dio su conformidad a la oferta de la que intervino en la compra. Cuarenta y cinco mil era su recompensa en francos. Los triplicará, si nos dice quién era el que recogió, y dónde fué a esconder o vender la carga. Aun creo que estamos a tiempo de llevar a buen fin este desdichado negocio.

Miró con dureza a Garnet, y éste replicó:

—¿Qué le voy a decir, señor Cockum? Yo tenía el compromiso de dejar que transbordaran la carga, al barco que diera las dos señales. ¡Las dieron! ¿Quién se las reveló? ¡Yo no fui! Es mi primer viaje, mi primera intervención en este comercio. No conozco a nadie en la
«Rum-Row».

—Deje a Ned y Johnny con el chico, señor Cockum —dijo, con voz invitadora, Biff—. Verá cómo se entienden los tres.

—Es poco sensato persistir en el engaño. Fíjese en que soy contrario a los métodos violentos, y le hablo en plan de negociante. Su interés está en evitarse un mal momento.

Stuart Erskin, hasta entonces reclinado a un lado del umbral, intervino:

—Cuando Biff le daba, las contraseñas. Garnet dijo que sería mejor aprendérselas de memoria, y las repitió en voz alta, en casa de una mujer llamada Paula. Ella lo oyó. Ella ha sido compradora con porcentaje de otros. Ella puede conocer gente en la
«Rum-Row».
Ésta es mi opinión: A este muchacho por mí que lo trituren, pero eso no hará venir a nuestras manos el licor. Castels está rondando los «mentideros».

—¿Y qué busca? ¿Que le digan por las buenas quién estaba en complicidad con este condenado?

—Busca tan sólo algo muy fácil. Uno de la
«Rum-Row»,
que haya ido a París. El cómplice de Paula Nicholls. Puede encontrarlo, o no pero si lo encuentra será muy fácil el resto. Me encargaré yo de que nos devuelva el dinero o la carga. Hay un

prestigio entre los que aborrecen a los «high-jackers».

—Éste ha fallado, y yo le prometí que se iría para el otro mundo —dijo Johnny, avanzando.

—Aquí no —murmuró Cockum—. Es asunto que no me pertenece. No quiero mezclarme en cosas así, Biff.

—Echa a andar afuera, tú —ordenó Biff, mirando a Garnet.

—Quédate donde estás, Garnet. En la goleta mando yo, siempre, amigos. Tenéis mucho empeño en matarle, pero lo haréis en tierra, y lejos. En un radio de cinco millas de mi goleta, no quiero que este hombre sea asesinado. Yo zarparé al amanecer, con las semillas que usted me proporcionará, señor Cockum. Y esté seguro de que no perderá su dinero.

—No sé cómo, no sé de qué manera podrá evitarse la pérdida, pero es inútil complicar con un asesinato un desdichado negocio, en el que nunca debí yo intervenir —opinó Cockum—. Usted me dió todas las seguridades, Biff.

—¡Este condenado rufián es el responsable! ¡Sacadlo fuera, vosotros, sacadlo fuera!

—No tal, Biff. Tengo seis hombres en cubierta, a las órdenes de Fiddle, y les gusta mucho pelear. No seáis tan terrestres, y como dice el señor Cockum, no añadáis sangre inútil. Ya le han hablado de quién soy yo al señor Cockum. Mi palabra es oro de ley. Por eso en mí confía la gente de bien. Si este muchacho ha tenido algo que ver, yo mismo le deslomaré. Tiene la palabra el señor Cockum, suyo es el dinero en juego. ¿Me llevo a este pájaro, para que siga su suerte de acuerdo con lo que averigüemos? ¿Se lo empaqueto a esos tres? Usted decide, señor Cockum.

—Estoy de acuerdo, Erskin. Es mejor así.

—¡No es así! El traidor debe ser escarmentado, o nosotros tres nos retiramos de todo esto, Cockum.



Oyó silbar balas...

—Por favor, por favor. No complique más las cosas, que ya lo están sobradamente, Biff. Vámonos, y por el camino, nos pondremos de acuerdo. Tengo plena confianza en Erskin. Si antes de una semana, no está aclarado este desdichado asunto, hagan entonces lo que crean mejor. Estaré pendiente de sus noticias, Erskin. Hacia las cuatro, descargarán los sacos de semillas. De todos modos, pasaré la noche en vela. Vamos, Biff… Salga con sus

amigos, salgan, y vayan a esperarme en la lancha.

—Bien, usted manda, pero recuerde lo que le digo. No trabajaremos más con este marinero.

Stuart Erskin no replicó. Los tres pistoleros abandonaron la cabina, yendo hacia la escalerilla. Siete hombres se distribuían en indolentes posturas desde la salida de la cabina a la lancha que esperaba.

—Confío en usted, Erskin —declaró Wilburn.

—Y hace bien, porque es mi interés demostrarle que los que tenemos prestigio en la
«Rum-Row»,
no queremos perderlo. Buenas noches, señor Cockum.

Raymond Garnet, al quedarse solo, avanzo como un muñeco mecánico hacia la mesa. Sus rodillas parecían contener, planchitas rígidas que le impedían la flexibilidad de las rótulas.

Cuando logró sentarse, sopló boca abierta.

Toda aquella conversación le había parecido insoportable, y repetidamente se había mordido los labios, para no chillar exasperado.

Cuando entró Erskin, Garnet se frotó el pescuezo. Dijo:

—Si no es por usted, «skipper», no sé lo que habría hecho. Pensaba saltarle encima a Biff, apenas los otros dos… Biff es un cobarde, y me va usted a creer si le afirmo que lo más difícil ha sido contenerme las ganas de acabar pronto. Bien, ¿y ahora, qué, «skipper»?

—Antes de asegurar por dónde sopla el viento, hay que mirar a los cuatro puntos cardinales. Vamos a arribar a una islita, apenas amanezca. Hay allí muchos del «mentidero».

—¿Eso qué es?

—La gente que tripula casco pequeño, y que van y vienen por entre los barcos de calado. Habrá alguno que viera al «Jamaica Kidd»… ¿Te va bien dormir aquí, muchacho?

Perplejo, Ray Garnet miró al que echaba sobre la mesa, lo que iba sacando de sus bolsillos. El dinero, la pistola… cuanto habían quitado de los mismos, al repescarlo…

—Francamente, Erskin, no entiendo por qué me trata con tanta confianza.

—De momento, atendiendo la maniobra de tomar altura, está un

alemán, que al terminar la guerra, decidió venir a buscar trabajo con su mujer y sus dos críos. Me encontró, y es mi segundo. Un gran hombre. Se llama Stein.

—Ya lo oí. ¿Y qué?

—También se llama Lorentz. Lorentz Stein. Dice que tú en la guerra, pudiendo dejarle desangrar, o llevártelo prisionero le diste tabaco…

—¡Lorentz! Me había olvidado por completo.

—Él no.

Stuart Erskin se puso en pie, abandonando la cabina. Poco después entraba Lorentz Stein.

Dijo, sencillamente:

—Celebro que se encuentre usted bien, señor Garnet.

Rió Garnet sacudiendo con vigor la diestra del alemán.

—Vaya, vaya… El mundo es un pañuelo, «Fritz».

—Se portó usted entonces como un hombre. Nunca será usted traidor a nadie. Se lo dije así al «skipper». Un gran hombre el «skipper».

—Eso dice él de usted, «Fritz». Bueno. Lorentz, créame… Me alegra verle. Con Erskin navega usted a seguro.

—Mucho, sí, señor. Y no considero delito, dar de beber al que tiene sed. Con su permiso, vuelvo al gobernalle.

—Y yo dormiré, Lorentz.

Ray Garnet durmió en el banquillo, por primera vez desde su marcha de París, tranquilamente. No sabía cómo, pero todo se resolvería bien.

CAPÍTULO X

Despertó con la sensación de que había dormido mucho, y de que alguien le miraba sin enemistad, sino curiosamente.

Se incorporó, frotándose la espalda y los riñones, y rió, porque era contagiosa la risa de Erskin y del desconocido, sentados al otro lado de la mesa de la cabina.

—Has dormido como un tronco Ray. Este lobo de mar es Kerrigan. Míralo bien. Tiene fama de sucio entre los «high-jackers». Pero conmigo está a partir un piñón.

Liam Kerrigan, irlandés, rechoncho y barrigudo, dijo riendo:

—Estoy de buenas con Erskin porque en los siete mares y sus costas, no hay hombre más leal a un trato. Parece que tú eres como él. Por eso mismo, me voy a meter en el asunto, y ya va siendo hora.

Bebió Garnet con agrado el café que acababa de verter Erskin en tres tazas, y continuó el irlandés.

—Cuando a la madrugada vino a verme Erskin, todo fué fácil. El «bric-brac» de Tarleton, el «Stella», tiene aún a bordo todo el licor, el tuyo —y señaló Kerrigan a Erskin.

—Explícaselo al muchacho de forma que lo entienda.

—Sammy «El Pecoso», estaba pescando martinillos, cuando vió el «bric-brac» de Jack Tarleton muy ajetreado cierto amanecer. Parecía todo muy normal, porque no había resistencia ni pelea en el cargo «Mary Conrad» que se deslastraba a sí mismo. Pero el puerco de Tarleton le había colocado a su «Stella», una plancha diciendo: «Jamaica Kidd», que convertiría en astillas, tan pronto se alejó con todo el

licor. Sammy «El Pecoso», que es siempre mi «soplador», tomó el largo porque no quería ser visto por Tarleton. Cuando no hace ni dos horas le he preguntado si sabía algo, pues, todo esto le hemos sacado y más.

—Sabemos dónde ancla el «Stella» de Tarleton, Ray. Y es ya una cuestión de prestigio, eliminar a este sucio «high-jacker». Si en todo este negocio no jugásemos limpio, no habría capitalistas como Cockum que arriesgasen su dinero. Hasta hoy no se le ha podido demostrar nada a Tarleton, porque en la «Rum-Row» tenemos la buena costumbre de ser lentos, pero seguros. Ahora, la goleta, va ya emproando hacia la cala donde Tarleton ancla con su «Stella».

Ray Garnet acabó de despabilarse por completo. Masculló:

—Yo le sacaré a Tarleton la verdad. El licor no me interesa…

—Pero a mí, sí, hijo —atajó Erskin—. Y por eso mismo, ni tú ni yo pisaremos el «Stella» hasta que Kerrigan no haya conquistado al puerco Tarleton.

Liam Kerrigan se levantó, diciendo:

—Vuelvo a mi barco, «skipper».

—¿Por qué… por qué no puedo ir con usted, capitán Kerrigan? Sé manejar puños y lo que sea.

—Si Tarleton te ve, todo se irá al diablo. He de conquistarlo, y la trampa me fallaría contigo, muchacho. Aunque bien mirado, a este chico se la han jugado muy sucia, ¿no, Erskin?

—Tiene palabra el muchacho. Llévatelo, Kerrigan. Nos volveremos a encontrar a bordo del «Stella».

El sol refulgía, y en la rizada espuma, la lancha que transportaba a Garnet hacia una goleta bastante semejante a la «Trix», formaba flecos dorados.

A bordo, dejando atrás a la «Trix», el capitán de la «Jennie», llamó a un tripulante:

—Un gorro de lana para este amigo, y que le traiga Fast con parche, cola y la pelusa.

Palabras incomprensibles para Garnet, que prefirió callar, hasta que en la cabina de Kerrigan, entró un hombre con una caja de madera bajo el brazo.

Señaló Kerrigan a Garnet, sentado.

—Trabaja, Fast, y «tápamelo».

Un cuarto de hora después, ido ya Fast, se miró Garnet al espejo sobre el lavabo.

El gorro gris de lana hundido hasta las orejas, el parche de tela negra sujeto por tirilla a la nuca, y cubriéndole el ojo izquierdo, un bigote tan rojizo como la barba en collar, le convertían en un siniestro desconocido.

—Te llevaré conmigo a bordo del «Stella», muchacho. Así les podrás contar a tus hijos cómo castigamos a los puercos ratones. Pero ya me estás dando tu palabra de que no moverás ni la lengua ni las manos, mientras yo no te lo pida.

—Palabra, capitán.

—Te presentaré como mi nuevo segundo.

Las horas siguientes, Ray Garnet las pasó con la misma emoción expectante que le acometía años antes, cuando pegado a una tapia o adherido al barro, esperaba la señal del cabo de su escuadra.

La goleta enrizó velas, y su motor roncó, hasta que vino a atracar en el costado de un corto embarcadero en estrecha rada.

La isla desértica, parecía abandonada de vida.

Sólo las dos naves. Una a cada lado del embarcadero, cuyos leños alisados se apoyaban en rocas.

Kerrigan atravesó los tres metros de ancho del embarcadero, seguido por Ray Garnet…

En la compuerta abierta, un hombre flaco, pero musculoso, saludó:

—¡«Avante»! ¿Qué hay, lobo de mar?

El saludo era cordial pero los ojillos de Jack Tarleton, contenían mucha falsedad.

Pisó cubierta Kerrigan, y estrechó la diestra que tendía Jack Tarleton.

—Se anuncia una tarde gloriosa, Tarleton. Este que me acompaña es mi nuevo segundo. ¿Dónde podríamos charlar seguros?

—En mi cabina, viejo lobo.

—Vamos a ella, joven zorro.

—¿Ha de venir también tu pelirrojo de lugarteniente?

—Verás como sí. Conoce palmo a palmo la «costa de desagüe».

Ray Garnet, en silencio, trataba de adivinar como se las

compondría Kerrigan para «conquistar» a Jack Tarleton.

En la cabina, Tarleton sacó de un armario un jarro y tres jarrillos.

—Puro néctar, viejo lobo. Del legítimo.

—De eso quiero hablarte.

Chasqueó Kerrigan la lengua tras beber un sorbo. Dijo:

—Esto sí que es coñac de veras. Te compraría hasta cien cajas, si las tuvieras, Tarleton.

—¿Y si las tuviera?

—Dependería, entonces, del modo de repartir. No somos novatos, Jackie. Tú tienes licor, vamos a suponer. Bien. Y mientras lo tengas aquí, nada pasa. Pero has de llevarlo. No sabes. Has de repartir con alguien. Majadería. Yo, en cambio, sé y me contentaría con el diezmo. ¿Te lo pongo más claro, Jackie?

—Sí, Kerry.

—El idiota de Erskin está tronando. Habló de un «Jamaica Kidd» y lo está buscando por el Sur. Yo pensé en ti. Eres de los míos, Jackie. Pero sigues anclado.

—Tengo quien lo paga en la «costa de desagüe».

—Desgraciado… Mira a éste —y señaló Kerrigan al silencioso Garnet—. Sabe meterse en aguas prohibidas, y hasta si quiere, sabría quedarse con los camiones que esperan el licor.

—Dos camiones.

—¿Ves tú, Jackie? Sería un negocio redondo. Hasta venderíamos los camiones. Tú en tierra nada podrías vender, y por eso necesitas entregar este licor, a su tiempo. ¿Contando conmigo, qué?

—Puede estudiarse. ¿Seguro que tu segundo conoce bien la costa y sabe dónde vender?

—Cuando lo digo yo…

—Bien. Que nuestros hombres beban unos tragos, y hablemos un rato a solas, Kerry.

Kerrigan tocó en el hombro a Garnet.

—Espera fuera.

Garnet salió fuera de la cabina. Oyó cómo Tarleton gritaba desde el umbral:

—¡Un frasco por boca, Collins!

Y en el embarcadero al poco, las tripulaciones de las dos naves charlaban, reían, intercambiando bromas y brindando a medida que

cada uno fué sacando un frasco de la caja traída por dos tripulantes de la «Stella».

Coñac legítimo, pensó Garnet. El que había antes formado parte de la carga del «Mary Conrad».

Y de pronto, apareció Kerrigan. Emitió un silbido prolongado, agudo, empleando los dos meñiques, que estiraban las comisuras de sus labios.

En el embarcadero, los tripulantes de la «Jennie» atacaron con alegre vigor. Algunos empleaban los mismos frascos de coñac, otros matracas.

Una escena violenta, en que los atacados por sorpresa, no pudieron oponer apenas resistencia. Iban siendo atados en el suelo, dos a dos, espalda contra espalda.

Ray Garnet preguntó:

—¿Qué hago yo, capitán?

—Mirar por ahora, hasta que llegue el momento.

—¿Tarleton?

—Ya me dijo lo que interesaba. Dónde, cuándo y cómo. O sea, el sitio, la hora, y la señal convenida con los dos camiones de los que esperan el licor.

—Ahora me dirá a mí cómo le comunicó Paula…

—Alto, muchacho. Tarleton ya no puede hablar. El que mal anda, mal acaba. ¿Comprendes? Hay que ser honrados en los tratos, y en estas aguas yo tengo, fama de sucio, pero no de ladrón. Tarleton era un puerco ladrón. Que Dios le perdone.

Ray Garnet miró por la lucarna. Sobre la mesa, Jack Tarleton apoyaba la cara, el pecho y los brazos extendidos…

—Le metí el cuchillo en la garganta, cuando se dió cuenta de que yo lo tenía «empalmado». Pero se dio cuenta un segundo tarde. Las ratas de mar como él, no merecen contemplaciones. Y le quise evitar al honrado Erskin esta faena. No tardará en anclar, para ayudarnos a cargar el licor. Tú ya sabes cómo quitarle de la cara lo que te sobra. ¿Viste cómo picó en seguida? Es que me sirve la fama, y entre nosotros te diré que sólo por tratarse de Erskin, he hecho lo que he hecho.

Indicó Garnet con la mano hacia los tripulantes atados de dos en dos que eran empujados como sacos hacia la cubierta del «Stella».

—¿Y esta gente, capitán?

—Ellos de nada tienen la culpa. Son como es quién les manda. Nos los repartiremos entre Erskin y yo, cuando pasen unos días. Esta gente es como quiere que sea quien los manda. Mira… Ahí asoma la proa Erskin.

CAPÍTULO XI

Era de noche, y navegaba hacía horas la «Trix», cuando Garnet reiteró impensadamente:

—¿Son aguas territoriales, Erskin?

—Lo son, y pronto tocaremos tierra. Pero el licor lo lleva Kerrigan. Será el distribuidor en tierra, y no lo cogerán, porque es listo. Además, le acompaña Stein. Ha encontrado un buen sistema. Hace tiempo que ya me habló de que tenía un cuñado en Aduanas. Cosas que pasan.

—Yo he preguntado poco, Erskin. Para mí todo esto es nuevo. Tengo la impresión de ser un corcho flotando.

—Yo llevo la corriente, Ray. Te explicaré: La señal convenida con los camioneros que esperan, es apenas anclemos junto al roquizo, repicar con un calabrote contra el Pino Solitario. En el plano, así llaman esta rada, y hay una carretera casi tocando el Pino Solitario, un árbol quemado y retorcido. Todo eso le sacó Kerrigan al ladrón de Jackie. Y no pienses más en los aduaneros. El licor lo lleva Kerrigan. Nosotros le llevaremos los camiones a otro sito, hacia el que llegará, porque casi es mejor que yo en saber navegar estas aguas. Hay tres tipos esperando con los dos camiones.

—¿Tres tan sólo?

—Mala gente de tierra. El señor Cockum, novato en el tráfico, se confió en Biff… Cierra la boca, que hablo yo, muchacho. Como te decía, confió en Biff, y la jugada era de envergadura. Compraban con dinero de Cockum, y ellos, apartando lo que correspondería a Tarleton, hubiesen ganado el gran fortunón. Todo beneficio, y por eso querían matarte en seguida, como si estuvieran muy indignados.

—Pero ¿Paula…?

—Ella nada tiene que ver. Le bastó su comisión. De eso se

cercioró bien Kerrigan. Todo era un asunto montado entre Tarleton y la banda de Biff. A éstos no les conviene que se sepa que son distribuidores «falsos». Ya vamos a saltar a tierra, Ray. ¿Llevas la pistola?

—¡Vaya que sí!

—Lo digo, porque tanto Biff como los otros dos, disparan muy rápido. No me conviene que disparen, pero si lo hacen, mala suerte.

Salió Erskin dirigiéndose al toldo, bajo el que empujó a un lado el timonel.

El «bric-brac» expropiado a Jack Tarleton, se deslizaba hacia una masa roquiza, donde rompían las olas.

A proa, en la obscuridad, Ray Garnet miraba la densa línea más negra que en la noche resaltaba por encima del rompiente.

Se perfilaba la silueta de un árbol retorcido, solitario, coronando unos peñascos bajos.

El «bric-brac» ronroneó, mientras las velas eran enrizadas, y se hicieron amenazadoras las rocas al surgir muy cercanas.

Pareció como si el «Stella» fuera a encallar, hasta que se inmovilizó entre aguas quietas, tras salvar una barra de agua revuelta.

Saltaron al peñasco varios hombres. Llevaban cajas sobre la espalda. Pero no eran frascos, sino piedra lo que contenían.

Uno de ellos, dejó un instante la caja en el suelo, para dar contra el árbol un golpe sonoro, con un calabrote.

Ray Garnet también se encorvó como Stuart Erskin bajo el peso de una caja llena, de piedras.

Y la plataforma roquiza, tras medio centenar de metros desembocó en llana tierra, donde dos camiones faros apagados esperaban, a otro centenar de metros de la carretera, separados de ella por hileras de pinos.

El que avanzó era Ned… Tras él, Biff. Y a un lado, Johnny. El hombre que iba en cabeza, siguió caminando hacia uno de los camiones.

—Tarleton —llamó Biff.

La caja que llevaba Erskin chocó ruidosamente contra el pecho de Ned, el pistolero que más cerca tenía.

Un marinero a un lado, lanzó su caja contra Biff. Ray Garnet soltó la caja. Se abalanzó en larga estirada contra Johnny que sacaba su pistola.

Pegó con toda su alma, empleando rodillas, cabeza y sin darse cuenta que sus puños golpeaban a un inerte pistolero, cuya cabeza al caer de espaldas había chocado con fuerza contra el suelo.

Le tocaban en el hombro. Era Erskin.

—Te vas a fatigar, muchacho. Ven conmigo. Nos llevaremos un camión. El otro nos seguirá conducido por Fast. No está lejos dónde ha de descargar Kerrigan, y llevarse los camiones.

En pie, se sacudió Garnet. Después, sentado, junto al volante de uno de los camiones conducido por Erskin, y saltando en los traqueteos hasta que penetró en la carretera, comentó:

—No dispararon.

—Mejor para ellos.

—¿Dónde están?

—En el segundo camión. Será Kerrigan el que decidirá lo que mejor convenga. Yo, como tú, ya he terminado con todo esto, tan pronto le deje los dos camiones a Kerrigan, que se entenderá con Cockum. Ya me pagará Kerrigan la parte que me pertenece, la que acordé con Cockum. ¿Cuánto te había prometido Biff?

—Treinta mil francos al final… Lo acordó Paula.

—¡Vaya timo! Kerrigan nos traerá nuestra parte. La tuya, al cambio unos cien mil francos. Y si quieres un consejo, retírate de esto. No prosperarías.

—¿Y usted? ¿Y Stein?

—Hemos decidido dejarlo. Esta faena nos ha servido de aviso. Con la parte que nos toca, montaremos un tráfico de fruta entre las Antillas y Nueva York. Ya estamos hartos de aduaneros. Y a lo mejor, ellos de nosotros. Kerrigan es distinto. Le gusta el lío. Con la parte que les correspondía a Biff, Ned y Johnny, más los dos camiones, está contentísimo.

—¿Y si Kerrigan… le hace trampa, Erskin?

—Soy el único al que Kerrigan no le haría trampa. No sé por qué, pero como es supersticioso, Kerrigan jura que yo soy un hombre de «malojo» para el que intente traicionarme.

—¿Usted qué cree que hará con Biff y los otros dos?

—No tengo la menor idea ni me importa. De todos modos, Biff al recibir la caja, no la encajó. Se le rompió la suya. Buena carretera, pero nada como el mar…

Detuvo el camión, obedeciendo las señales que en medio de la carretera hacía un hombre, Lorentz Stein.

Bajaron Erskin y Garnet. El paraje pantanoso, inhabitado en leguas, se pobló de costa a carretera de hombres encorvados bajo el peso de cajas conteniendo alcohol embotellado.

Erskin dijo:

—En casa de William estaré, Stein.

Ray Garnet recordó sus caminatas bélicas, cuando siguió la larga zancada de Erskin por los senderos escarpados, algunos bordeando el abismo en cuyo fondo las olas restallaban contra la roca.

Se sentía cansado, y apenas se fijó en la pintoresca cocina, ni en Betsy, soñolienta y silenciosa.

Estaba amodorrado, cerca del fuego, cuando Erskin desnudos los pies, tendido en una mecedora, frente a él, dijo:

—Es Montawak, por si no lo sabes, en Long Island, muchacho. Si quieres comer…

—Dormir, capitán, dormir.

—Felices sueños.

El crepitar de los leños que Erskin arrojó al fuego, fué lo último que oyó con noción de lo que era.

Le sacudieron por el hombro.

—La sopa está en la mesa, muchacho. Y esta noche, si quieres volver a Francia, tengo un amigo que zarpa de Fire Island, y te llevará sin preguntas ni compromiso a Marsella. Te dejaré ahora, muchacho. Todo ha ido como una seda.

En pie, acabando de despejarse, Ray Garnet sonrió sin saber qué decir. Veía el fajo de billetes que le tendía Erskin.

—Cógelo, muchacho. Es dinero honrado. Te lo sudaste.

—Quisiera saber decirte… lo que te agradezco que…

—Biff creyó que tu cara de granuja iría muy bien para acabar de enredar a Cockum. No supo ver como Stein y después, yo, que eres un poco tunante, pero claro a carta cabal. Esto es un plano, que en tres horas a pie, te dejará en Fire lsland, que tiene un «*ferry-boat*» de enlace. Y cuatro palabras para el capitán amigo que te puede dejar

en Marsella.

—Allá la policía me busca.

—Aquí también te buscarían. El barco hace escala en Tenerife, y en Orán, antes de tocar en Marsella. Podrás elegir. Yo tengo ya que irme, Stein me está esperando para zarpar. Vamos a estrecharnos las manos, y desearnos buena suerte. La tendrás… si te presentas al policía que te buscó. Es un consejo. Y después, allá tú.

Volvió a sonreír Garnet mientras estrechaba las dos manos del «skipper» Erskin.

—Si todo me sale bien, puede que te pida plaza en tu compañía frutera, capitán.

—La tendrás cuando quedes como debes. Huyen los que se creen tunantes, muchacho. Vete a ver a tu antiguo cabo, y después, siempre que quieras, donde esté, puedes venir a trabajar en lo que sea. Te acompañaré hasta la señal ésta.

Tocó Erskin en el plano.

Fuera, el sol rutilaba. El áspero y salvaje paisaje del Montawak era espléndido.

Y cuando Erskin, sin mediar palabra, bifurcó en su camino, siguió andando Garnet hacia el Este.

Fué mucho después cuando leyó las «cuatro palabras» escritas por Erskin como presentación al capitán Svendborg del frutero «Elsa III», que iba a zarpar aquella noche de Fire lsland.

> «El portador deshojará la margarita de sus dudas, como dices tú, cuando no sabes qué hacer entre emborracharte o volver a casarte. Trátalo bien, dejándole en paz de bajar en la escala que quiera. Inscríbelo como te dé la ventolera. Buen viaje».

No había firma, sino tres puntos y un círculo. El capitán Svendborg al coger aquel papel, y ver lo que reemplazaba la firma, dijo:

—Un gran hombre Erskin, lo digo yo. Veamos…

Leyó, pronunciando entre dientes. Quemó el papel, encendiendo con él un cigarro habano.

—Está usted en su casa, amigo. Salvo que no podrá salir de un

camarote especial hasta que deshoje la margarita, y se decida por Tenerife, por Oran, o por Marsella.

Ray Garnet se despidió del capitán Svendborg en Marsella.

CAPÍTULO XII

Bajó del vagón-cama, y aspiró con deleite el aire viciado de la estación parisina.

Al chofer del taxi, tras haber consultado un listín, le dió la dirección de la comisaría del distrito en que estaba el *cabaret* «Veri Galant».

En comisaría, un agente en el umbral, le cerró el paso.

—¿Dónde va, ciudadano?

—Tengo cita con el inspector Darsonval.

—Despacho tercero, segundo piso.

* * *

El inspector Darsonval se calentaba las manos extendidas hacia la estufa. Sin volverse dijo:

—Deje lo que sea en la mesa, Mars.

—Prefiero sentarme en una silla, cabo.

Giró despaciosamente sobre sus tacones Darsonval. Brillaban sus ojos.

—¡Pero si es el señor Garnet! ¿Qué tal, qué tal?

—Regular nada más. He estado fuera unas semanas, y apenas toqué tierra francesa me vine recto a verle a usted, inspector. Cariño que le tengo…

—La última vez que le vi si no recuerdo mal, demostróme usted mucho talento como acróbata del asfalto.

—Subordinada y respetuosamente, cabo Darsonval, debo hacerle constar que cuando pretende usted ser irónico, me hace el efecto de un simpático elefante dando saltitos en una tienda de porcelana.

Vamos al grano. Yo no maté a Doriot, pero no quiero equívocos. He venido a entregarme y qué Dios me coja confesado, si es usted el que ha de demostrar mi inocencia.

—¿Dónde estuviste, Garnet?

—Apenas me despedí de usted, me fui a Burdeos, y robé una barca de pesca, con la que llegué a España. Me querían contratar de toreador…

—No tiene gracia. Yo siempre había creído que sabías leer.

—Sé escribir, pero no me enseñaron a leer.

—Existen periódicos.

—No tuve tiempo de leerlos, palabra.

—Y dices la verdad, te lo adivino.

—¿De qué te ríes, cabo Darsonval?

—Cinco horas después de tú dejarme plantado en la acera, Gaston Marlú convicto y confeso, y gracias a que por más que todo te acusaba, insistí… se declaraba autor del asesinato de su patrón. Verás… Había visto la gran ocasión, apenas saliste del despacho de Doriot. Y como de buena fe el portero negro con su testimonio te comprometía, Gaston Marlú lo vió todo claro. Pero no contaba con que yo te conocía demasiado. Tú no matarías a nadie con un pisapapeles, y si lo hicieras, no huirías. No tuviste fe en las dotes de la policía…

—¡En ti, en ti, cabo! —rió gozoso Garnet.

—Entonces, ¿si no tenías fe en mí, por qué has venido?

—Cosas que pasan. ¿Y si nos fuéramos a tomar una copita?

—Estoy de servicio, pero puedo perder media hora contigo.

—O mejorar tu alma.

En la hora intermedia entre el desayuno y el aperitivo, el bar donde ocuparon una mesita, parecía prestarse a las confidencias.

Chocaron las copas de vino rosado, bebieron, y tras un momento de silencio, preguntó Garnet:

—¿Fuiste a ver a los Vareil?

—No.

—¿No hiciste nada por saber dónde estaba yo?

—Supuse que leyendo los periódicos ya volverías.

—Tengo mucho dinero, mucho… No hay mal que por bien no venga. Pero es dinero inmoral señor inspector.

—Si no lo has robado ni has matado a nadie, cuéntaselo al cabo

Darsonval.

—¿Está libre de servicio el inspector?

—Hasta dentro de veinte minutos, sí.

—Citaré los pecados, pero ningún pecador, salvo yo.

Cuando Garnet terminó su relato, el inspector Darsonval, dijo:

—Una historieta espeluznante, amigo mío. El pecado y su absolución no es de mi ramo. Si me pides un consejo voy a dártelo. Lo que te dió a entender este marinero que llamas «Skippy», es que debes trabajar honradamente, porque mal te pese, naciste para eso. Busca esposa, compra una casita, monta un negociete decente, y nunca te arrepentirás, si sabes elegir negocio casa y esposa.

—De momento, te elijo por padrino. La esposa la creo magnífica. La casa es sencillo. El negocio, lo iré pensando. Mi fortuna está en mi carácter, ahora, que me ha servido de moralizador un contrabandista.

—Entonces, ya estoy sobrando. Un consejo final. No le cuentes tu historieta a tu futuro suegro. Ni a ella. Son cosas que pasan como has dicho…, pero guárdalo para ti. Ahora… te juro que si en el futuro, resbalas, pagarás triple. ¡Palabra del cabo Darsonval!

—A la orden, mi cabo. En el fondo, te quiero, ¿sabes? «¡Ale, hop!». A tu trabajo, que voy al mío.

* * *

El señor Vareil miró asombrado al que entraba en su despacho. Por suerte, su hija estaba en el mercado, pensó.

—¡Caramba, Garnet! Me ha sorprendido usted. Se fué sin avisar, y aparece ídem de ídem.

—Vengo a pedirle la blanca mano de Lucía. Cuanto me dijo usted me hizo mella. Me marché, y en Burdeos, efectué unas jugadas buenas a la bolsa de vinos. El afán de convertirme en un hombre sensato, me favoreció. Usted habló un día de que le gustaría encontrar un socio interesado en este hotelito. Habló usted de que aportase unos cien mil francos. Los he ganado limpiamente, y sudando, créame…

—¿Honestamente?

—Lo puede certificar el que se me ha ofrecido como padrino. Fué mi superior en la guerra, y es hoy el inspector de policía Eduard

Darsonval, precisamente del distrito octavo.

—Es garantía, sí… Y si está usted dispuesto a trabajar en mi negocio, reconozco que un hombre como usted, con cien mil francos…

—Vaya contándolos, que estaré de vuelta cuando haya regresado del mercado mi novia oficial, suegro mío.

* * *

Paula Nicholls sonrió inquieta, viendo aparecer al visitante.

—¡Ray!

—He venido a devolverte lo que te debía, Paula. Me voy a casar, y no quiero que dejemos de ser amigos tú y yo… desde lejos, ¿comprendes?

—Me contó el capitán Castels…

—Me lo sé todo, Paula. Me proporcionaste una buena ocasión y si algún día te van mal los negocios, previa consulta con mi suegro y mi esposa, podré prestarte algo…

—No lo necesitaré nunca. Yo te he querido…

—Y yo también.

—¿No pensarás que yo estaba en complicidad con Biff?

—Lo pensé, pero no te necesitaban más que como compradora en nombre de ellos, y como proveedora de un tunante. Ya no lo soy.

—¿Un beso de despedida, Ray?

—No es desprecio, sino prudencia. Soy un hombre distinto. Beso tu mano, y adiós.

—¿Por qué viniste…?

—Para escribir la palabra «fin» a lo nuestro. Ya está.

—Que tengas suerte…

—Ídem de ídem, como dice mi suegro. Adiós.

EPÍLOGO

Lucía Vareil acudió corriendo. Cuando terminó el abrazo, seguía rezongando el señor Vareil:

—No creo haber autorizado estas libertades, no…

—Mesura y comedimiento, Lucía —dijo riendo Garnet—. Tu padre te habrá explicado ya que tuve mucha suerte en mi corazonada. Y este hotel prosperará. Hay que instalar un cuarto de baño en cada habitación del primer piso, para atraer a los americanos y a los ingleses…

—¿Es que nosotros no nos bañamos a diario?

—Una conversación muy aburrida, papá. Hace sol, y Ray me invita a tomar un aperitivo.

—¿Es que no hay buenos aperitivos en nuestro…?

Pero Lucía Vareil y Ray Garnet encaminándose hacia la salida sólo veían el sol que fulgía en sus rostros…

Y bajo la lluvia, manos enlazadas, se limitaban a sonreír, hasta que empapados, entraron en un café. Dijo ella:

—Llovía…

—Poca cosa. Estás preciosa de tan bonita, nena…

—Eso lo habrás dicho a muchas…

El camarero se encogió de hombros. Lo de siempre. El joven había pedido «cualquier cosa», y ella había cucho a su interrogación; «lo mismo».

Así hablaban en vísperas de boda, todas las parejas.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 347 - A. Piña Cuadrado.
PAZ EN EL HOGAR

Núm. 348 - M.ª Esperanza Neyra.
VUESTRO HUMILDE SERVIDOR

Núm. 349 - Inni de Figueroa.
EL SECRETO DE CICELEY HARLAN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 243 - Amparo Lara.
EL MEJOR RECUERDO

Núm. 244 - Corín Tellado.
UN MISTERIO EN SU VIDA

Núm. 245 - Matilde Redón.
EL HOMBRE DE AQUELLA NOCHE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 187 - Laura Tur.
AMOR INESPERADO

Núm. 188 - L. Meseta.
LA CALUMNIADA

Núm. 189 - M.ª Carmen Rey.
EL RECUERDO DEL AYER

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 73 - Mary de la Fe.
POR TODOS LOS CAMINOS

Núm. 74 - M.ª Pilar Carré.
AQUEL HOMBRE

Núm. 75 - Pili G. Rua.
EL ÚLTIMO DE SU RAZA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 288 - Alar Benet.
CAZADORES DE APACHES

Núm. 289 - Ref Segram.
EL CABALLERO BANDIDO

Núm. 290 - Joe Sheridan.
ALMA DE LUCHADOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 31 - Vic Peterson.
RUMBO A SING-SING

Núm. 32 - Geo Dugan.
[illegible] NOCTAMBULAS

Núm. 33 - Max Pisco.
CRIMEN FALSIFICADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 152 - A. Rolcest.
MUERTOS EN LA SELVA

Núm. 153 - Red Harlland.
UN HOMBRE ALTO

Núm. 154 - Kent Miller.
CERCO DE FUEGO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 26 - Sergio Duval.
SANSÓN Y VERÓNICA

Núm. 27 - Bárbara Sanromán.
SOBRE LA NIEBLA

Núm. 28 - María Lar.
LA OTRA PRISIÓN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Notas

[1]
«Rum-Row»,
Avenida del Ron. < <